

Relatos cortos en medicina

Volumen 4



ROBERT IVÁN ÁLVAREZ OCHOA



REDLIC Red Editorial
Latinoamericana de
Investigación Contemporánea

RELATOS CORTOS EN MEDICINA
VOLUMEN 4

2025



RELATOS CORTOS EN MEDICINA VOLUMEN 4

Indexaciones



Bases de datos



Licencia



**Título:**

Relatos cortos en MEDICINA. Volumen 4

Autor: Robert Iván Álvarez Ochoa

Prólogo: Robert Iván Álvarez Ochoa

Primera edición: febrero 2025

e-ISBN: 978-9942-659-16-3

DOI: <https://doi.org/10.58995/lb.redlic.49>

LINK: <https://redliclibros.com/index.php/publicaciones/catalog/book/49>



Este material está registrado bajo licencia Creative Commons International, con permiso para reproducirlo, publicarlo, descargarlo y/o distribuirlo en su totalidad únicamente con fines educativos y/o asistenciales sin ánimo de lucro, siempre que se cite como fuente a la Red Editorial Latinoamericana de investigación contemporánea.

Queda totalmente permitida y autorizada la reproducción total o parcial de este material bajo cualquier procedimiento o soporte a excepción de fines comerciales o lucrativos.

Cuenca-Ecuador

Coordinador editorial:

Dra. Marcia Iliana Criollo Vargas, PhD

Producción editorial y coordinación técnica
© Red Editorial Latinoamericana de Investigación Contemporánea REDLIC S.A.S. (978-9942-7063)

📍 Avenida 3 de noviembre y segunda Transversal

🌐 www.editorialredlic.com

✉ rev.investigacioncontemporanea@gmail.com

📞 contactos@editorialredlic.com

☎ 098 001 0698

Diseño de portada: [Creative](#)

Diseño y diagramación: [Creative](#)



Autor del libro:

Robert Iván Álvarez Ochoa

rialvarezo@ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0000-0002-2431-179X>

©Autores de los capítulos:

Ana Mariel Campoverde Regalado

campoverdeanita312@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0009-4186-8256>

Gabriela Enid Vázquez Vivanco

gavavi15@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0003-3552-7531>

Lady Margarita Sigüencia Fernández

lady.sigüencia@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0008-1719-1057>

Steffy Carolina Pallchisaca Toctaquiza

steffy.pallchisaca@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0002-7865-3776>

Laura Amoroso Escandón

laura.amoroso@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0009-9639-3219>

Nataly Fernanda Mullo Aguayza

nataly.mullo@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0005-6388-4397>

Doménica Nicole Gómez Guzmán

domenica.gomez@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0006-6545-0514>

Fabián Vicente Romero Cantos

fabian.romero@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0007-5455-0808>

Ángela Anabel Díaz Ortega

angela.diaz@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0006-9390-793X>

Britanny Xiomara Paucar Lojan

britanny.paucar@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0003-2372-225X>

Ana Idrovo Medina

ana.idrovo.58@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0004-4739-3582>

Katherine Beatriz Idrovo Muñoz

katherine.idrovo@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0000-4389-3708>

Alexandra Elizabeth Lazo Gómez

aelazog89@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0008-7931-7145>

Pamela Palomeque Arévalo

pamela.palomeque@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0007-1057-5368>

Teresa Jesús Guamán Aguayza

teresa.guaman@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0007-1369-5197>

María Fernanda Cuesta Verdugo

maria.cuesta@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0006-4579-6630>

Jahir Guamán Gualpa

jahir.guaman@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0004-8092-6467>

Evelyn Gabriela Paguay Riera

evelyn.paguay@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0006-3777-911X>

Mary Vargas Coyago

mary.vargas@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0002-1467-7066>

Maritza Contento Cango

ayda.contento@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0002-8899-0768>

Amable Gonzalo Sánchez Ojeda

amablesanchezo710@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0009-9850-1914>

Edgar David Rumipulla Muñoz

edgar.rumipulla@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0000-7732-7931>

Camila Monserrath Delgado Cabrera

camila.delgado@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0001-9086-0375>

Stefany Scarleth Erazo Peñafiel

stefany.erazo@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0008-6098-8918>

Nathaly Michelle Sarmiento Llivisaca

nathaly.sarmiento@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0000-3234-2839>

Omar Calderón Luzuriaga

omar.calderon@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0003-1484-6701>

Carolina Redrován Quintuña

carolina.redrovan@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0008-3919-7580>

Ambar Noelia Panamá Durán

ambar.panama@est.ucacue.edu.ec

 <https://orcid.org/0009-0006-5923-9237>



Prólogo

La medicina es una disciplina compleja que se dedica al estudio y tratamiento de las enfermedades, sin embargo, es también una ciencia humana que se ocupa de las personas, de sus experiencias y sus emociones. Con el paso del tiempo, la medicina se ha ido desarrollando y perfeccionando. Gracias a los avances científicos, hoy en día contamos con tratamientos más eficaces para curar o controlar muchas enfermedades. Sin embargo, la enfermedad sigue siendo una realidad que afecta a la vida de las personas.

El cáncer, diabetes, enfermedades cardiovasculares y otras muchas enfermedades son un desafío para la medicina actual. Estas enfermedades son complejas y pueden ser difíciles de tratar. Además, el envejecimiento de la población y el aumento de la prevalencia de los factores de riesgo están contribuyendo al aumento de la carga de enfermedad.

Ante este panorama, la medicina está trabajando para desarrollar nuevos tratamientos y estrategias de prevención. Las investigaciones se centran en áreas como la genómica, la inmunología y la terapia celular. Además, se están desarrollando nuevas tecnologías que pueden ayudar a diagnosticar y tratar las enfermedades de forma más precisa y eficaz.

Este libro de relatos médicos pretende ofrecer una mirada humana a la medicina. A través de historias reales y de ficción, los autores nos muestran los desafíos y las oportunidades que enfrentan los pacientes y los profesionales de la salud. A diferencia de las obras académicas y científicas, esta colección de relatos nos invita a explorar la medicina desde una óptica diferente, a través de la narrativa y la creatividad literaria.

Cada relato nos transporta a distintos escenarios y situaciones médicas, permitiéndonos adentrarnos en los dilemas éticos, las emociones y los desafíos que enfrentan los pacientes con enfermedad. A través de la pluma de estos educandos de medicina, somos testigos de su talento literario y su capacidad para transmitir las complejidades y la humanidad que rodea a la medicina.

Este libro no solo nos brinda entretenimiento, sino que también nos invita a reflexionar sobre el papel de la medicina en nuestra sociedad y a comprender la importancia de la empatía y la compasión en la práctica médica. Una lectura enriquecedora que nos muestra una faceta distinta de la medicina y nos invita a valorar el arte de curar desde una perspectiva más amplia.

Espero que este compendio de relatos médicos sea una experiencia enriquecedora y emocionante para todos los lectores, y que nos permita apreciar aún más el valor y el impacto de la Medicina en nuestras vidas.

Robert Álvarez Ochoa

Autor

Contenido

Prólogo	9
Robert Álvarez Ochoa	
Metástasis de amor	17
Ana Mariel Campoverde Regalado	
Ecos de sanación	21
Gabriela Enid Vázquez Vivanco	
El eco de los recuerdos	29
Lady Sigüencia Fernández	
Siempre juntas	33
Steffy Carolina Pallchisaca Toctaquiza	
Una voz en mi cabeza	39
Laura Amoroso Escandón	
El viaje de dos corazones	47
Nataly Fernanda Mullo Aguayza	
El vuelo de victoria	51
Domenica Nicole Gómez Guzmán	
En busca de la homeostasis	55
Fabián Vicente Romero Cantos	

Mi primer signo de cambio 59

Ángela Anabel Díaz Ortega

La agencia 65

Britanny Xiomara Paucar Lojan

La manchita 69

Ana Idrovo Medina

Más allá del dolor 73

Katherine Idrovo Muñoz

Un dolor sin respuestas 77

Alexandra Elizabeth Lazo Gómez

Una nutria ilusionada con la medicina 81

Pamela Palomeque Arévalo

El último suspiro 85

Teresa Jesús Guamán Aguayza

Superando la adversidad 89

María Fernanda Cuesta Verdugo

El regalo de un último verano 93

Jahir Guamán Guallpa

Más allá de la apariencia 101

Evelyn Gabriela Paguay Riera

Solo quedan horas para llegar al final 109

Mary Vargas Coyago

Los sacrificios para cumplir un sueño 113

Maritza Contento Cango

**Superando barreras: la lucha de un niño
por su sueño 117**

Amable Gonzalo Sánchez Ojeda

Reflejos de una alma herida 123

Edgar David Rumipulla Muñoz

“El latido de la maldad” 127

Camila Monserrath Delgado Cabrera

**Un rayo de luz en la batalla del néctar
dulce 135**

Stefany Scarleth Erazo Peñafiel

**Entre bata y sueños. La historia de una
doctora 139**

Nathaly Michelle Sarmiento Llivisaca

Enfermo de amor 145

Omar Calderón Luzuriaga

**La lucha atrás de un sueño de usar una
bata blanca 151**

Carolina Redrován Quintuña

El adiós que el crest nos robó 155

Ambar Noelia Panamá Durán





Metástasis de amor

Ana Mariel Campoverde Regalado

campoverdeanita312@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0009-4186-8256>

Al escuchar la palabra metástasis sentimos miedo y relacionamos esta palabra con la desesperanza.

Esto me pasó cuando apenas era una niña y me explicaban lo que significaba este término, me explicaron que la metástasis es la propagación de células cancerígenas a diferentes partes del cuerpo y era un proceso terminal, pero lo peor de todo esto, era que este proceso lo tendría que vivir la persona que más he amado, al darme cuenta de esta situación lo único que podía hacer es llorar y esperar lo peor.

En ese momento pensé que el entender el significado de esta palabra era lo peor que me pudo pasar en la vida; sin embargo, mi abuelita, la persona que estaba pasando por esto, siempre me decía con una sonrisa en el rostro que la metástasis no solo pasa en un proceso cancerígeno, sino que también hacía referencia a la propagación de ideas, valores y sobre todo de sentimientos.

A pesar de sus palabras de consuelo este término no me dejaba tranquila y siempre rondaba por mi cabeza haciéndome esperar lo peor, pero ella sin importar su condición hacía hasta la imposible para que yo me olvidara de la situación crítica en la que se encontraba, por eso siempre que podía hacía esfuerzos sobre humanos para contarme historias, vivencias y diferentes hechos de su vida en los que siempre me demostraba su amor, también siempre me decía que ella esperaba que yo fuera una gran persona, y en algún momento sea una doctora para que yo pueda curarle.

Sin embargo, el tiempo pasaba y a pesar de sus esfuerzos, su salud se iba deteriorando, entonces llegó el momento más triste de mi vida en el que esa sonrisa que daba sentido a mi vida se tuvo que apagar y así es como lamentablemente tuve que perder a mi abuelita, recuerdo que ese día en mi mente rodeaba la palabra metástasis y me prometí a mí mismo que siempre odiaría esa palabra; ya que, me quitó lo más importante de mi vida, a quién amaba y amaré por siempre.

Muchos años después, volví a escuchar esa palabra en la universidad, y es que estoy preparándome para ser lo que quería mi

abuelita, una doctora, y al recordar todo lo que viví, mi cuerpo se estremeció y recordó lo triste que era ese término para mí, pero también me acordé de lo que me decía mi abuelita y me di cuenta de que tenía razón, la metástasis no solo se puede ver reflejada en el cáncer, sino que también se puede reflejar en la propagación de sentimientos, ideas y valores que forman parte de una persona.

Entonces me di cuenta de que mi abuelita transmitió y propagó sus deseos, y me entregó todas las cosas buenas que ahora tengo, ella siempre me estuvo enseñando y entregando lo mejor, incluso le dio sentido a mi vida al decirme que ella quería que yo sea una doctora, y a pesar de que ya no puedo curarle, puedo propagar todas las cosas lindas que me enseñó a las demás personas, sin olvidar lo más importante que es el amor, que fue lo que siempre me entregó y propagó en mí.

Ahora simplemente deseo convertirme en lo que quería mi abuelita, que siempre fue sabia y encontró la manera de enseñarme cosas que no hubiera entendido por mí misma, ella me enseñó que todo depende de la forma en la que afrontamos las cosas, y que no debes estancarte en una idea que te atormenta, más bien, se debe buscar otra perspectiva en la que las cosas malas queden de lado mientras se mantenga el optimismo. Por todo esto ahora siento más que nunca la metástasis de amor que ella propagó en mí.





ECOS DE SANACIÓN

Gabriela Enid Vázquez Vivanco

gavavi15@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0003-3552-7531>

Alice, una enfermera servidora de la armada británica que brindaba sus servicios durante la Segunda Guerra Mundial, se encuentra en una encrucijada entre el tiempo al darse cuenta de que es una viajera y que tiene la oportunidad de cambiar el futuro...

6 de agosto de 1945, alrededor de las 8:17 de la mañana, después de la noche anterior, durante la cual fui despertada repetidamente por el ruido de las explosiones, me esperaba un trabajo muy agotador. Las alarmas de emergencia aún no se habían apagado y el ruido de las explosiones resonaba en mis oídos, el aire olía a cenizas y acero caliente cuando salí del refugio. No importa

cuántas historias haya oído, nunca pude imaginarme nada parecido a esto, tan pronto como crucé el umbral del hospital de campo, me encontré con gritos y gritos de lamento; individuos con extremidades fracturadas y sangrados profusos los cuales inicialmente parecían complicados de manejar; quemaduras que se extienden por la piel de muchos de los pacientes, como si el fuego en sí, dejara su cicatriz; – un desastre total.

Después de estabilizar a un joven soldado con una pierna rota; tuve un mareo intenso, como si el suelo debajo de mí se desvaneciera, inmediatamente salí corriendo y sin percatarme de pronto me encontré en un campo abierto donde se extendió una brisa que creo que nunca había sentido, seguí la dirección de aquella brisa que me llevó donde una fortaleza había sido construida años antes, al cruzar una de las puertas caí bruscamente al piso. Cuando recuperé la conciencia, todavía estaba allí, pero de alguna manera, todo parecía fuera de lugar; parecía que las sombras del pasado se habían fundido con las del presente. Me envolvió la confusión cuando escuché a la gente gritar desde arriba de la fortaleza; no estaba sola allí.

Un conjunto de militares avanzaba por los corredores del piso de arriba con seguridad, sus pesadas armaduras resonando en el suelo de piedra, y sus rifles brillantes bajo la iluminación limitada, el sonido de sus botas inundaba el aire al avanzar, hasta que inesperadamente me encontraron ahí, en el suelo, con un intenso dolor de cabeza y totalmente desorientada. Se tensaron cuando se percataron de mí y en un gesto de abrir y cerrar de ojos, me encontré a mí misma con aproximadamente una docena de rifles

apuntándome directamente. Mi corazón latía más fuerte. ¡No! ¡No! ¡No!, mi mente gritó ante el miedo.

Sin embargo, al ver mi cara pálida y mis manos temblorosas, sus rostros cambiaron, probablemente debido a la obvia confusión de mis ojos, o el hecho de que estaba temblando de miedo, pero ciertamente bajaron sus armas. El líder, de los tres, me ayudó a levantarme con una mano. “Vamos, no luces peligrosa”, murmuró antes de señalarme con la cabeza para que los siguiera. Me llevaron a una cocina, lugar confuso y algo caliente, donde me dieron un trozo de pan y un vaso de avena.

Mientras me sentaba en una silla de madera antigua, mi mente peleaba por procesar todo lo que estaba sucediendo. Todos vestían como si fueran de otro siglo, con armaduras que parecían estar en exhibición, y los utensilios de cocina con los que trabajaban me eran desconocidos. El exterior aún penetraba el estruendo de los misiles chocando contra las paredes, pero el aire se estaba volviendo cada vez más extraño y estaba comenzando a sentirse como una pesadilla sin sentido.

Fue entonces cuando Florence, una dama con manos alargadas y una mirada amable, se me acercó, se ocupaba de la alimentación de los integrantes del ejército, y pudo observar el miedo en mis ojos, “¿Por qué te vistes así, amada? Esa vestimenta es muy peculiar... No llevas corset y tu falda es demasiado corta para una dama elegante”, expresó, frunciendo el ceño. Miré mi atuendo de enfermera, que había durado trabajando varios años y sentí un nudo en el estómago; me hizo concebir y sentir que algo andaba mal, que mi apariencia realmente no encajaba en ese espacio.

Tratando de sonar lo más valiente posible, pregunté con una voz temblorosa: “¿Qué año es?” La habitación se quedó en silencio por un momento, por supuesto, Florence me miró, como si estuviera en completa desesperación. Finalmente, respondió en una voz que era fuerte para mí con toda su calma: “Estamos en 1880, cariño”. En este punto, mi alma se hundió en el suelo. Todavía asustada por los ruidos del exterior, salí ante una lavandera que estaba a nuestro lado y pregunté qué significaban esas sacudidas tan poderosas, ella, con una certeza increíblemente fría, respondió: “los neerlandeses enloquecieron”. Y, de repente, todo lo que estaba lleno de sombrías memorias de mi temprana escuela secundaria golpeó a mi cerebro; esto era 1880, y se está acercando la guerra. La Guerra de los Bóeres.

El día transcurrió entre tensiones y murmullos en la pequeña aldea, hasta que, al llegar el ocaso, empezaron a aparecer los heridos, uno tras otro, individuos con uniformes desgastantes y caras pálidas eran conducidos hasta una improvisada enfermería. La sangre se impregnaba en el suelo de tierra, combinándose con el polvo levantado por los pasos precipitados de aquellos que los acompañaban. Sin reflexionar, me dispuse a asistir, mis manos, al principio frágiles, recordaron las lecciones fundamentales de primeros auxilios que había adquirido siglos después, en un lugar y momento distintos.

Cuando comencé a asistir a un soldado con una herida abierta en su brazo, las miradas se clavaron en mí. Usé agua para limpiar la herida, utilizando los paños que tenía a mano, mientras mis dedos exploraban la profundidad del corte, sin vacilar. Tomé hilo

y aguja y empecé a coser con exactitud, cada puntada provocaba un murmullo de asombro entre los presentes, que no comprendían cómo una persona tan joven y desubicada podía poseer tal habilidad. “No eres de aquí, ¿no?”, cuestionó un individuo mientras miraba mis acciones, pero yo simplemente le respondí con un gesto distraído, enfocado en mi labor.

Después de varias horas atendiendo a los heridos, sentí que era hora de irme, el aire de la noche se saturaba de humo y de tierra, pero en el campo, lejos de todo ese alboroto y de los que sufrían, reinaba una paz absoluta, justo lo que necesitaba en ese momento. El campo en el que estaba se extendía entre la vegetación y los árboles, una distancia segura de la confusión y de los que se quejaban, un bosque muy parecido al que había grabado con tanto cariño. Entonces me había llevado a refugiarme allí en busca de tranquilidad, nada en el corazón de ese lugar podía recordar la miniatura del infierno que fuera hace pocos minutos, llené mis pulmones con la fragancia que se desprendía de las hojas, regresé a su esencia y al instante pensé en lo que había aprendido por la fuerza, en lo que pudo haberme salvado de la muerte. Mientras la imagen de los muertos y los heridos se alejaba, también se desdibujaba la idea de que alguna vez podríamos ser aprehendidos.

En ese lugar, machaqué las hojas de manzanilla con una piedra, produciendo una pasta que apliqué a las laceraciones menos severas, infligiendo un remedio de cirugía. Con el tomillo, prepararé una infusión para los que tuvieran fiebre, mientras tanto, los ojos ansiosos y desconfiados comenzaron a dar cuenta de

una cierta transición. Quién sabe si era porque confiaban más en el efecto de mis medicinas, pero los rostros que antes solo me miraban con recelo, comenzaban a hacerlo con respeto e interés.

Permanezco hasta que el último candil se apaga y, aunque siento el peso de la guerra todavía sobre mis hombros, en ese instante, miro al cielo y me asomo a un mundo donde el dolor es más fácil de sobrellevar. En mis manos están las plantas del lugar, aroma que ronda en la noche. El firmamento semanas después de estos hechos rutilantes será un firmamento más oscuro,—pienso— pero, a pesar de todo, lo que acabo de presenciar no puede ser una cárcel. Lo que he visto en ese lugar debe ser un camino hacia el cielo, el camino menos doloroso y el más bonito, repleto de memorias y aromas, perfumes de un pasado donde el dolor existía, pero no todo lo abarcaba.

Esa relación que establecí con las plantas y el placer que me produjo aportar a su crecimiento llenó mi alma y avivó mi curiosidad. Recordé las clases de botánica, de botánica general y de farmacobotánica, que había tenido en la universidad. El sauce y la aspirina, los hongos y la penicilina. Aunque aún no había pasado por el descubrimiento de la penicilina por Fleming, ya que faltaban años en el futuro para que eso sucediera, había en mí una fuerte certeza de que podía reproducir algunas de las características de este hongo usando los que se desarrollaban cerca de los árboles caídos.

Decidí poner a prueba mis habilidades y empecé a recolectar mohos que identificaba por su aroma y color; usando solo las técnicas más básicas, saqué un extracto que, al aplicarlo a las

heridas, parecía evitar que se infectaran. La noticia se propagó por el campamento, y los soldados heridos a los que ya se les había condenado a sufrir una larga y penosa infección empezaron a recuperarse. Para los que lo miraban, eso que parecía un ungüento hecho de moho era un pequeño milagro, pero para mí solo era la señal de una revolución que pronto iba a desatarse en el mundo. Con el tiempo, lo que había comenzado como una enfermería improvisada se convirtió en un núcleo de educación y sanación que me llevó a descubrir algo más que un pequeño invernadero lleno de plantas curativas.

El empleo de estas plantas y setas marcó un nuevo comienzo. Años después de que la guerra terminara, las técnicas y conocimientos adquiridos durante el conflicto se trasladaron a la vida civil, donde la ciencia y la medicina prosperaron. El descubrimiento de la penicilina por Fleming en 1928 fue el resultado, no de un trabajo solitario, sino de un esfuerzo colectivo que se remonta a las prácticas compartidas en el presidio de la medicina natural.

La medicina avanzó a pasos agigantados, y los insólitos éxitos de la ciencia comenzaron a cambiar el rumbo de la historia. El ser humano dejó de ser víctima fácil de los gérmenes y las infecciones. El campo de batalla se volvió más seguro para los soldados, y los momentos de silencio tras la explosión de una bomba adquirieron el sentido más profundo de la palabra "silencio". Aunque pocos en ese tiempo conocían la historia en la que me había inmiscuido, el hecho de haber puesto una mínima semilla de esperanza en el inasible futuro me brindaba una satisfactoria sensación de deber cumplido.





El eco de los recuerdos

Lady Siguencia Fernández

lady.siguencia@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0008-1719-1057>

En el pacífico pueblo de Clarianis habitaba una anciana llamada Miranda, una mujer que había centrado su vida en velar por los demás. Era reconocida por su amabilidad y por los relatos que compartía a los más jóvenes. En sus historias, se relacionaban relatos legendarios y experiencias de vida. A pesar de eso, con el pasar del tiempo, Miranda empezó a perder parte de sus recuerdos, como si una bruma rodeara su mente y eliminara lentamente las riquezas de sus reminiscencias. Los consejeros del

pueblo lo llamaban la sombra nebulosa, y junto a ella, Miranda llevaba el peso de la carga de azúcar y el rugido de la sangre, que deterioraban su cuerpo con el transcurrir del tiempo.

En el interior de su cuerpo, existía un lugar mágico, donde las células, pequeños soldados, combatían por resguardar la esencia palpitante de Miranda. Las memorinas, protectoras de sus recuerdos, luchaban frente al ataque de la sombra nebulosa; por otro lado, las insulinarias, guerreros ocultos, intentaban regular la carga de azúcar, y los sanguinianos, audaces portadores de vida, se enfrentaban con el rugido de la sangre. A pesar de sus dolencias, Miranda todavía guardaba un destello de vitalidad.

Diariamente, se encontraba junto a su nieta, Amira, quien se ocupaba de sus atenciones. Aunque no recordaba su nombre, la distinguía como esa joven amable. Unidas se dirigían con calma a su rincón mágico, el bosque de suspiros, donde el caer de las hojas parecía susurrar retazos de viejas historias.

Mientras caminaban, Miranda miraba fijamente el bosque, sintiendo que algo en su alma había despertado; en ese momento, empezó a narrar una historia con una voz firme y sus ojos empezaban a brillar de un modo sin igual. En ese instante, en el microuniverso de Miranda, las memorinas empezaron a destellar, como si una oleada de magia recorriera sus redes, comenzaron a unirse, creando un lazo entre el pasado y el presente, Amira escuchó en silencio, aterrorizada que el momento desapareciera.

No obstante, al finalizar su historia, la iluminación de Miranda se perdió nuevamente. La sombra nebulosa regresó a recubrir su mente. En ese entonces, miró con ternura a Amira y le preguntó ¿Quién eres? Amira sintió un nudo en el corazón y a su vez una luz de esperanza. Sabía que, en el mundo interior de su abuela, las células estaban en constante lucha. Era como si cada instante recordado proviniera de sus guerreros invisibles, buscando la claridad que habitaba en su ser, dispuestos a volver a resplandecer en el momento oportuno.

Aquel lapso de tiempo en el bosque, fue único para Amira. Entendió que, aunque la memoria de su abuela se perdía como la neblina en el amanecer, los recuerdos más profundos de su corazón anhelaban la hora adecuada para revivir. También, comprendió que la unión entre ellas era más fuerte que cualquier enfermedad. Porque, al final, los recuerdos pueden desvanecerse como el sol en el horizonte, y el amor, como un eco, va a permanecer siempre en el mágico reino de su interior con esperanza.





Siempre juntas

Steffy Carolina Pallchisaca Toctaquiza

steffy.pallchisaca@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0002-7865-3776>

Su hogar solía ser un refugio de risas y juegos, pero en ese mismo instante se sentía como un caos total. Melody se detuvo frente a la puerta del cuarto de su madre sintiendo un nudo en la garganta. A través de la puerta, alcanzó a escuchar el murmullo de una canción que a menudo solían cantar y en ese momento supo que algo había cambiado totalmente. Con el corazón arrugado y latiendo fuertemente se preparó para enfrentar la realidad.

Ella provenía de una familia disfuncional y, por supuesto, sin recursos económicos favorables. Su padre la abandonó tan pronto como se enteró de su llegada, pero su madre, con todo

su esfuerzo y trabajo, logró sacarla adelante y convertirla en una mujer íntegra. Recuerdo mi niñez con mucho amor, cariño y nostalgia, ya que, a pesar de la falta de dinero, la viví plenamente feliz.

Melody estaba a punto de graduarse y su madre era la persona más feliz y orgullosa. Era la mejor de su clase y tenía una gran visión por delante. Su sueño era convertirse en una gran doctora y poder brindar su apoyo a los más vulnerables, pero eso implicaba que debía esforzarse mucho en sus estudios, debido a que, su madre no podía pagarle una universidad privada. Tenía claro a cuál universidad quería asistir, por lo que había estado estudiando durante meses.

Llegó el día en el que debía rendir el examen de la universidad, se levantó y su madre le esperaba con el desayuno listo, se sentó a comer, y claro, estaba muy nerviosa, pero también segura de lo inteligente que era y de todo lo que podía llegar a hacer si se lo proponía. Mientras caminaba hacia el lugar en donde iba a rendir el examen iba pensando y analizando si es que verdaderamente sería suficientemente capaz para llegar a ser doctora, pero con todo y eso, iba muy decidida a dar todo de sí y lograr entrar a la universidad.

Durante una semana, ella se mantuvo muy impaciente, deseando saber los resultados del examen, sabía que le había ido muy bien, el día en que dieron los resultados, fue aceptada y la felicidad que sentía era indescriptible, pero lo que más le importaba era que su

madre estaba muy orgullosa de lo que había logrado. Comenzó la universidad con muchísimo entusiasmo, disfrutando todo lo nuevo que veía en las clases y sintiéndose cada vez más segura de que esto era lo que realmente quería. Hizo nuevos amigos y se rodeó de personas buenas y estudiosas, lo que hizo que su experiencia universitaria fuera aún más gratificante.

Un día como cualquiera iba caminando hacia sus labores estudiantiles, de repente doña Cumita, la vecina le llamó con lágrimas en los ojos y una voz descontrolada le dijo que encontró a su madre pidiendo ayuda debido a que le faltaba la respiración y se encontraba ya con una coloración morada en su piel, a Melody no le importó salir de clases y correr a ver a su mamá en el hospital, ella pasó días allí. Los doctores la tenían en observación, tratando de dar un diagnóstico concreto, una semana después dijeron que fue lo que le pasó; el diagnóstico de la madre de Melody fue como un ladrón que entró en su vida, robando risas, alegrías y dejando solo silencios llenos de temor. Los resultados apuntaron que tenía cáncer en los pulmones y necesitaba tratamiento y medicación, pero era muy costoso.

Su madre, un mes después, salió del hospital. Melody buscó un trabajo para ayudarla con sus tratamientos que eran muy caros y al igual seguía estudiando, pero hacer las dos cosas a la vez era muy devastador; por más que trabajaba no le alcanzaba ni lo mínimo para pagar el tratamiento de su madre, así que decidió dejar la universidad y conseguir otro trabajo.

El barrio en el que vivía existía mucha delincuencia y malas mañanas, pero como toda su vida vivió allí, estaba acostumbrada, sin embargo, la necesidad de plata le hizo empezar a juntarse con la gente del barrio y hacer lo que ellos hacían, como tenían claro lo que a la madre de Melody le había pasado y lo importante que era para ella, decidieron ayudarle y empezar a distribuir drogas, sabía que estaba mal y que era mientras su madre se curaba, el dinero empezó a llegar para que su madre empiece con su tratamiento, pasaban los días, las semanas, los meses y veía que no se recuperaba, más bien empeoraba, perdía el apetito, estaba más delgada, tenía con más frecuencia dificultad al respirar y necesitaba cierta cantidad de oxígeno.

En vista que no mejoraba, Melody regresó al hospital a consultar que era lo que sucedía porque su madre no tenía ninguna mejora, la internaron para realizarle nuevos estudios y apuntaron a que tenía cáncer terminal y uno de sus pulmones era inservible, su corazón estaba hecho pedazos, ya que su madre era un pilar fundamental en su vida y el hecho de saber que en cualquier momento su vida podía terminar le aterraba. Solamente le quedaba disfrutar de ella el tiempo de vida que le quedaba, regresaron del hospital y estaba en un mar de lágrimas, pero decidió callarse y no decirle que en cualquier momento podía morir, sino disfrutar de ella lo más que podía.

Semanas después, ella empeoró, hasta que llegó a estar postrada en una cama y con litros de oxígeno. Un día de enero, el cielo se tornó gris, el día estaba muy triste y Melody se encontraba junto

a su madre en el filo de su cama, dio su último suspiro y murió. Ella sintió que le arrancaban el alma, lo que más le importaba en su vida se marchaba, pero estaba feliz de que ya no iba a sentir más dolor.





Una voz en mi cabeza

Laura Amoroso Escandón

laura.amoroso@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0009-9639-3219>

Cuando inicia la adolescencia, empezamos a observar el mundo de una manera diferente y más real, un mundo nuevo.

Este fue el caso de Isabel, una pequeña niña que vivía en un buen entorno familiar, jugaba con sus amigos e iba a la escuela, tuvo una infancia normal y feliz. Al cumplir sus 15 años, Isabel se emocionó mucho por comenzar una nueva etapa y ver qué le preparaba el destino.

Isabel empezó a usar las redes sociales y a buscar inspiración para el vestido de su fiesta, pasaba horas y horas viendo diferentes modelos, colores y accesorios, hasta que encontró su vestido ideal. Muy emocionada, les mostró a sus padres el vestido de sus sueños. Al día siguiente, se dirigieron donde una de las mejores diseñadoras de su ciudad, y ella, muy emocionada, le mostró la fotografía de un bello vestido rosa, lleno de brillo, largo y acampanado, diciendo que quería verse como una princesa, ya que sería su día. A su diseñadora le encantó la idea y empezó a tomar sus medidas.

Pasaron los días e Isabel estaba muy emocionada; no paraba de hablarles a todos sus amigos sobre su fiesta y el hermoso vestido que usaría en el gran día. Los preparativos para su fiesta continuaron con normalidad, y después de varios días, recibieron la llamada de la diseñadora para la primera prueba del vestido, Isabel no pudo dormir por la emoción de al fin poder ver su vestido y, al día siguiente, se levantó muy temprano para la prueba.

Al llegar al lugar, se llevó una gran decepción al ver que su vestido no le quedaba como a la modelo en la que se inspiró. La diseñadora le dijo que el cuerpo de la modelo y el de ella eran muy distintos. Sus padres trataron de animarla, diciéndole que el vestido le quedaba como a una princesa, pero en la cabeza de Isabel todo se desmoronó.

Isabel empezó a hacer mucho ejercicio y seguir una dieta con la esperanza de que, en la segunda prueba del vestido, se vería como tanto soñaba, siguió la dieta al pie de la letra e intentó

varios deportes, después de una larga semana, volvió donde su diseñadora para la segunda prueba, pero los resultados no fueron los esperados, ya que el vestido le quedaba exactamente igual. Esto la desanimó tanto que pensó en cancelar su fiesta. Sus padres, muy molestos, le dijeron que el vestido le quedaba bien y que no cancelarían la fiesta porque todos los gastos ya estaban cubiertos.

Isabel les comentó a sus amigas el problema que tuvo con su vestido, y una de ellas le sugirió que busque en internet nuevas alternativas que fueran más rápidas para que pudiera cumplir su objetivo. Al llegar a casa, empezó a investigar maneras de perder peso de forma rápida y se encontró con un blog, sin saber que eso cambiaría su vida para siempre... Tuvo su fiesta como había sido planeada y, aunque la disfrutó, no se sentía cómoda con su aspecto. Al mirar las fotografías de la fiesta, los pensamientos invadían más su mente.

En el blog que encontró en internet, descubrió un sinnúmero de dietas muy restrictivas y rutinas de ejercicios intensas. Poco a poco, se fue adentrando en este mundo, comenzó reduciendo la cantidad de sus alimentos y empezó a notar un cambio en su cuerpo. La gente le repetía constantemente lo mucho que había cambiado, y eso la motivaba a seguir adelgazando, sus padres comenzaron a preocuparse, puesto que Isabel cada día comía menos. Intentaron hablar con ella, pero su respuesta siempre era: "Estoy cuidando mi figura para verme mejor". No le dieron mucha importancia, ya que pensaban que en la adolescencia los

jóvenes suelen preocuparse más por su apariencia y creyeron que sería algo momentáneo.

Pero el tiempo seguía pasando y todo se complicaba más. Isabel empezó a contar las calorías de cada alimento y su ejercicio cada vez era más excesivo. La gente le decía que se veía muy cansada, que si algo le pasaba, y ella respondía que solo estaba un poco enferma, para no levantar sospechas de lo que en realidad ocurría.

Ella no entendía por qué todos notaban su supuesto cambio si aún se veía igual de mal en el espejo. Sentía que nunca era suficiente y que debía mejorar. De realizar dietas restrictivas, pasó a comer solo una comida al día para poder verse como las modelos con las que siempre se comparaba en redes sociales. Seguía investigando más y más, y se encontraba con nuevos métodos que la ayudarían a conseguir “la perfección” con la que tanto soñaba.

El tiempo seguía pasando e Isabel seguía cambiando, no solo físicamente, sino que sus actitudes cambiaron drásticamente; cada vez era más irritable y malhumorada. Sus calificaciones empeoraban, y sentía que sus amigos y familiares solo le decían mentiras porque no querían verla bien, creía que solo las amigas que había conocido en el mencionado blog la entendían. Poco a poco, Isabel se volvió una chica solitaria debido a sus actitudes, al llegar a casa solo tenía problemas con sus padres porque ellos querían obligarla a comer.

Un día, su madre se dio cuenta de que esto ya no era normal y la obligó a ir al médico, como su madre sospechaba que algo estaba mal, el doctor les comentó que Isabel presentaba un cuadro preocupante de anorexia. La madre no entendía qué era esta enfermedad, y el doctor les explicó que este trastorno alimenticio se había vuelto muy común en la adolescencia, ya que muchos buscan conseguir el cuerpo perfecto, también les mencionó todas las consecuencias a las que esto podría llevar, como la desnutrición, problemas cardíacos, osteoporosis (problemas en los huesos), caída del cabello, problemas en la piel, amenorrea (pérdida del período), debilidad muscular y muchas más. El doctor sugirió un tratamiento psicológico, ya que no solo es un problema físico, sino también mental.

Isabel se negaba a aceptar que estaba enferma y decía que el doctor solo exageraba, se negaba a tomar sus vitaminas y, cuando su madre se las daba, fingía tomarlas y luego las tiraba por el inodoro, pues pensaba que estas solo la harían subir de peso. Después de algunas semanas, sus padres la llevaron al psicólogo, quien les indicó que un trastorno alimenticio puede provocar ansiedad, depresión, aislamiento social, distorsión de la imagen corporal y problemas de concentración, pero Isabel se negaba a aceptar su problema, a pesar de escuchar la opinión de sus familiares.



Pasaron meses de tratamiento, pero no veían una mejoría, Isabel continuaba con su estilo de vida y con su ejercicio excesivo hasta que un día se desmayó mientras corría en el parque y fue llevada al hospital. Sus padres, muy asustados, acudieron rápidamente para ver qué había pasado con su hija, después de algunos minutos de angustia, el doctor les comentó que Isabel presentaba un alto grado de desnutrición, lo que la llevó a desmayarse.

Ellos no entendían qué pasaba, ya que pensaban que su hija estaba cumpliendo con sus comidas y tomando sus vitaminas, Isabel permaneció en revisión médica durante algunos días y

su madre aprovechó la ausencia de su hija para revisar su habitación, se dio cuenta de que Isabel escondía toda la comida en bolsas para que no se percataran de que no estaba comiendo adecuadamente, mientras su padre revisó su computadora y encontró el blog que llenaba de ideas la cabeza de su hija.

Luego de algunos días, Isabel volvió a casa y sus padres hablaron con ella, les contó todo lo que ocurría y los grandes complejos que le habían generado ver modelos en internet y compararlas con la manera en la que se veía. A pesar de lo complicado, aceptó continuar con su tratamiento psicológico, con el paso del tiempo, Isabel fue aceptando su problema y, con mucha fuerza de voluntad y la ayuda de sus padres, comenzó a mejorar tanto física como psicológicamente.

Se alejó de las redes sociales para evitar recaídas, el complejo nunca desapareció por completo, pero hace lo posible por aceptar su reflejo en el espejo e ignorar la voz de su cabeza.

La historia de Isabel demuestra el fuerte impacto de las redes sociales y los estándares de belleza irreales en la autoestima y la salud mental de los adolescentes. Su lucha con la autopercepción y la presión social la llevó a un trastorno alimenticio que puso en riesgo su salud, sin embargo, el apoyo de sus padres y la ayuda profesional le permitieron comenzar su recuperación, bajo la condición de aprender a amar su cuerpo y dejar de compararse con modelos idólatras. Es un ejemplo vívido de que la verdadera belleza se encuentra en la salud y el bienestar mental, independientemente de los ideales superficiales.





El viaje de dos corazones

Nataly Fernanda Mullo Aguayza

nataly.mullo@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0005-6388-4397>

Todo comenzó un día, cuando empecé a sentir dentro de mí, unos cambios con poca alteración y un breve mareo que para mí no era normal, sin embargo, me preguntaba ¿Qué será lo que tengo? Lo único que me venía a la mente era, ¡será porque no desayuné!

Mi cuerpo no era como antes, me sentía sin energía, solo deseaba dormir. Además de eso, todo lo que comía, vomitaba. Tenía mucho dolor de cabeza, me dolían los pechos, así que fui al médico. Tenía mucho miedo de que me dijera lo que sospechaba. Cuando llegué, me hizo un examen de sangre, por lo tanto, recibí la noticia asustada. Me dijo: “Felicidades, tienes un embarazo de

2 meses”, y era justo lo que “sospechaba”. Entonces salí de aquel consultorio, llegué a mi casa y lloré desconsoladamente. Pensé que mi futuro se acabó ahí.



Al principio esta noticia no fue nada fácil para mí. Pasaron los días y empecé a comprender lo que me estaba pasando, ya que no era la única responsable, así que fui a avisarle al padre de mi bebé, quien me dijo: “Tranquila, seré responsable con lo sucedido”. Al pasar los meses sentía dentro de mí un pequeño movimiento de mi bebé y me lo imaginaba que todo su cuerpecito ya se había formado, pero aún tenía mucho miedo por lo que estaba por venir, así que decidí irme al doctor para mi primer el control, ya que con el miedo que tuve no pude acudir al control como se debía.

Llegamos al consultorio junto con el padre de mi bebé, estaba emocionada y un poco nerviosa, el doctor amablemente nos

sonrió y nos explicó el procedimiento. En la pantalla, de repente, apareció una imagen borrosa que se fue aclarando. ¡Era mi bebé!, un pequeño ser que se movía suavemente, mientras me salían lágrimas de alegría, el papá sonreía con orgullo. El doctor nos mostró el corazón latiendo con fuerza y señalando sus pequeñas manitas.

Después de varias semanas de compartir latidos, finalmente llegó el momento tan esperado, pude conocer su carita y sentirlo en mi pecho, experimentando cómo su corazón latía al compás del mío. Era muy pequeño, frágil y perfecto. Durante 9 meses, habían sido dos corazones latiendo como uno solo, como un vínculo invisible, pero indestructible, ya que nos unió cuerpo y alma, estuve agotada, pero llena de amor y paz indescriptible y nuestros corazones latían como uno solo conectados por un amor infinito.



Fui tu hogar durante 9 meses, pero tú eres mi hogar para siempre. Este viaje continuará.





El vuelo de victoria

Domenica Nicole Gómez Guzmán

domenica.gomez@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0006-6545-0514>

Todo empezó aquel día que Victoria tuvo una molestia en la espalda, dificultad de respirar y vómito, lo cual era una señal grave. Tenía 62 años, trabajaba con todas sus hijas en un lugar pintoresco lleno de flores, ella estaba acostumbrada al dolor y cansancio debido a que pasaba todo el día de pie atendiendo a todas las personas que ingresaban a su local. Sin embargo, el dolor de espalda era más intenso y no desaparecía, cada día se intensificaba.

Una mañana, luego de varias súplicas por parte de su esposo y sus hijas, lograron convencerla de ir al hospital. En aquel lugar, a Victoria le hicieron varios estudios y análisis de sangre, ella con un nudo en la garganta, desconcertada, temía que algo malo pasaría.

Luego de varias horas de espera, el doctor con una expresión seria le dijo: Victoria, lamentablemente, tiene insuficiencia renal crónica. Tus riñones no volverán a funcionar, al menos que exista un trasplante de riñón, caso contrario necesitarás diálisis para poder sobrevivir. Mientras tanto, tiene que asistir tres veces por semana a un Centro de Diálisis donde el procedimiento será extraer sangre del cuerpo, filtrarla y devolverla al cuerpo. Al principio todo era color de rosas, pero su cuerpo se fue debilitando y cada sesión de diálisis le quitaba energía, ella sentía que no podía más.

A Victoria le cambió la vida por completo, sus hijos y nietos amaban a su abuelita, todos iban a visitarle al hospital, pero ella estaba muy débil, todo el brillo de aquella mujer luchadora y fuerte se desgastó, Victoria no podía más, pero no perdía las esperanzas de que algún ser bondadoso le done un riñón, teniendo en cuenta que la lista era muy larga. El tiempo de Victoria se estaba acabando, ya no podía soportar la espera del trasplante de riñón por su edad, al final, lo único que ella dijo “el tiempo de Dios es perfecto y viviré como si fuera el último día”. Los años pasaron arduamente, Victoria no soporto más y tuvo que dejar este mundo para estar en los brazos de Cristo.

Victoria dejó un legado muy importante a sus seres queridos y siempre la recuerdan por la mujer luchadora y bondadosa que era, manteniendo vivos sus recuerdos en los corazones de cada uno.





En busca de la homeostasis

Fabián Vicente Romero Cantos

fabian.romero@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0007-5455-0808>

Érase una vez, en un cuerpo de paz y armonía, un linfocito T llamado Toribio, cuyo sueño era llegar al timo donde estaban todas las células que él admiraba. Toribio siempre se juntaba con sus amigos: Tomas, Tony, Theo y Toño, juntos eran inseparables, pero un día mientras jugaban, un anuncio en la televisión los asustó, ya que se temía de una infección por virus y varias células estaban contaminadas, sin embargo, los científicos no detectaban la causa.

Los días pasaron y la población comenzó a aterrizarse, los casos aumentaban y se temía una infección total para la población, entonces el timo comenzó a reclutar células, debido a esto, Toribio y sus amigos se vieron obligados a viajar sin sus madres, las grandiosas células madre hematopoyéticas.

Cuando llegaron al timo fueron enviados a la aldea CD8+ donde tuvieron que seguir un programa de capacitación llamado maduración donde aprendían a distinguir entre células infectadas y sanas, así como a usar sus armas, un día, mientras asistían a la maduración, las células infectadas llegaron al timo, entonces Toribio y sus amigos se vieron acorralados y tuvieron que batallar, la población estuvo tan agradecida que los llamaron “Los 5”, pero el problema no terminaba ahí, debían ir a ayudar a su ejército fuera del timo y ver con qué sorpresa se encontraban.

Cuando llegaron al campo de batalla se encontraron con una gran célula infectada la cual contaminaba a las demás, esta célula se hacía llamar “René” el cual era un retrovirus que convertía a las células en una especie de zombis, al ver esto nuestros héroes sintieron un poco de temor, pero siguieron adelante para proteger su hogar y conseguir la tan ansiada homeostasis.

Toribio dio las instrucciones y empezaron a combatir, pero con el tiempo se vieron superados y los refuerzos de la aldea CD8+ no eran suficientes, por eso Tony propuso llamar a las fuerzas especiales y todo el grupo aceptó sin pensarlo, fue así como llegaron los macrófagos y mientras estos abrían camino, los 5 avanzaban hasta René. Cuando lo tuvieron en frente empezaron

a usar sus gránulos citotóxicos para ocasionar su lisis, pero este no cedía y fue necesario reunir a todo el ejército para derrotar al maligno virus.

Luego de la batalla los linfocitos regresaron a su hogar donde las células los recibieron con un festín, Toribio estaba demasiado feliz porque cumplió su sueño de llegar al timo y no solo eso, sino que participó y lideró la batalla más dura que el cuerpo había presenciado y lo mejor fue que lo logró junto a sus amigos de toda la vida.

Es así como termina la leyenda de “Los 5”.





Mi primer signo de cambio

Ángela Anabel Díaz Ortega

angela.diaz@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0006-9390-793X>

Hola, ¿cómo están? Mi nombre es Ángela y me gustaría compartir con ustedes mi experiencia al entrar en la pubertad. Para muchas personas, la pubertad es una etapa de cambios, tanto físicos como emocionales. En mi caso, llegó de una manera algo inesperada. Cada persona vive esta transición de manera muy diferente, mientras algunos la disfrutan con aventuras divertidas con sus amistades, para mí fue un período lleno de incertidumbre y miedo. Recuerdo una tarde de sábado en la que fui al mercado

con mi familia; un día que, sin darme cuenta, se convertiría en un momento clave en mi vida.

Era un sábado por la tarde. Mi abuela deseaba ir de compras, así que todos nos fuimos a arreglar para acompañarla, mientras esperábamos a mis primos, mi mamá me peinaba. De repente, sentí un escalofrío recorrerme la espalda, esto ocurrió unas tres veces, y era un pequeño aviso que no comprendía del todo. Mi madre, preocupada por este incidente, me envió a ponerme un abrigo, pensando que los escalofríos eran causados por el viento que soplaba esa tarde.

Al llegar al mercado, el bullicio se hizo presente, todos los puestos estaban llenos de personas que anhelaban realizar sus compras. Con mi abuela, recorrimos todo el mercado en busca de lo que necesitábamos, la tarde pasó con normalidad y ya habíamos realizado todas las compras para la semana, el cielo nos indicaba que la noche se acercaba. En ese momento, mi tía nos propuso la idea de ir a comer a un restaurante muy bueno que hay en el mercado a lo que todos accedimos con mucha alegría; después de todo, ¿qué podría pasar?

El lugar lucía tan acogedor y familiar, una vez sentados, comenzamos a disfrutar de nuestra comida, fue un momento agradable; todos comían y reían gustosamente, hasta que todo comenzó. De un momento a otro, todo se volvió borroso, mi mente se

nubló y solo tengo un vago recuerdo de caer al suelo, mis familiares me dijeron que fue en ese instante cuando comencé a convulsionar.

Apenas tengo recuerdos de ese momento en que todo se volvió oscuro, era como estar atrapada en un sueño en el que el suelo se desvanecía, convirtiéndose en agua y dejándome hundir sin poder hacer nada, sentí que mi cuerpo ya no me pertenecía; cada músculo parecía luchar contra mí, y yo era solo una observadora en medio de una negrura abrumadora. Escuché murmullos y ecos lejanos, pero no podía articular palabra, como si alguien hubiera apagado mi voz.

Desperté lentamente, todavía atrapada en un mar de sombras, la luz de la habitación era tan brillante y blanca que parecía provenir de un mundo diferente, donde el tiempo se detenía y todo era silencio. Desde lejos, escuché la voz de mi tía hablando con alguien, como un eco lejano que apenas alcanzaba mis oídos, al abrir los párpados me di cuenta de que estaba sola, y el llanto me invadió al no saber dónde estaba, cada vez que intentaba entenderlo mis pensamientos se desvanecían como si se perdieran en un vacío sin fin.

Mientras me recuperaba de mi trance, un grupo de enfermeros entró a la habitación y me calmaron al verme llorar, me llevaron a otra habitación donde se encontraba mi mamá que se veía preocupada por la situación. Pasaron las horas y llegaron los doctores, quienes nos indicaron que, por el momento, tendría

que permanecer en el hospital, pues debían realizarme varios estudios para determinar el motivo de las convulsiones. Así pasaron tres días llenos de exámenes, hasta que una tarde, por fin, me dieron de alta del hospital, los resultados señalaban que el cuadro de epilepsia se debía a que estaba por iniciar la pubertad, ya que es algo frecuente que se presente durante esta etapa de desarrollo.

Esa tarde fue muy emotiva, pues después de tres días podía ver a mi familia de nuevo. Ellos me recibieron de la mejor manera y me brindaron todo su apoyo frente al diagnóstico. Para estar más seguros del diagnóstico dado por los doctores del hospital, mi mamá decidió llevarme al Hospital del Día, donde la doctora me atendió de una manera muy amable, explicando sobre los medicamentos que debería tomar y las restricciones que tendría que seguir para evitar otro cuadro convulsivo.

Así pasaron los días; cada dos meses debía realizarme electroencefalogramas para analizar que la actividad eléctrica del cerebro se encuentre dentro de la normalidad, esa rutina duró un año, hasta que, al acudir a mi cita médica para el análisis de los exámenes, la doctora nos recibió con una gran noticia: todo indicaba que había una baja probabilidad de que las convulsiones volvieran, ya que estas no han ocurrido desde ese día.

Al salir de la cita médica con mi mamá, sentí el corazón ligero y una sonrisa en el rostro. Saber que la epilepsia ya no sería un problema me ofreció una nueva forma de ver la vida, mientras

caminábamos de regreso a casa, conversamos sobre mis sueños y metas, y me di cuenta de que estaba preparada para abrazar cada nueva aventura con confianza. Ese día comprendí que la epilepsia representó una transformación significativa en mi vida, estaba a punto de comenzar una etapa importante “la pubertad”. A pesar de los desafíos que enfrentaba, contaba con el apoyo incondicional de mi familia, que siempre me brindó su abrazo y comprensión durante ese difícil proceso.



BEST
FRIENDS

GETT
CHIVE



La agencia

Britanny Xiomara Paucar Lojan

britanny.paucar@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0003-2372-225X>

¿Qué harías si encontraras una puerta a otro mundo?

Eso fue lo único que pude decir a mi familia, cuando me visitó en el hospital, todo en mi vida había cambiado en un abrir y cerrar de ojos y ahora me encontraba muy enferma a causa de la avaricia y la fama. Y todo empezó como un juego.

Antes de que todo empezara, no me hacía falta nada, lo tenía todo, vivía en uno de los barrios más acomodados de mi ciudad, estudiaba en uno de los institutos más caros, mi padre un prestigioso empresario y mi madre una hermosa doctora, me lo dieron todo y para mí no era suficiente. Era un día común y corriente en el instituto, salía al recreo con mi mejor amiga Sasha, éramos de las chicas más guapas del instituto, esa noche planeamos irnos de fiestas con nuestros amigos, así que solo dejamos pasar el día sin más preámbulos y nos dedicamos a nuestras clases.

...

Sasha y yo nos encontrábamos en mi casa arreglándonos para salir a la fiesta. Estábamos casi listas cuando mi mejor amigo Pablo llegó a recogernos. Adicional a ser mi mejor amigo, era mi dealer de marihuana. Esa tarde recibí una llamada de él diciéndome que tenía una oferta para ganar dinero fácil. Desde esa noche toda mi vida cambió, en la fiesta conocí a mi jefe.

...

El trabajo era sencillo, teníamos que salir con hombres influyentes de la ciudad y ser lo que ellos quisieran, a veces éramos sus novias, esposas e incluso sus hijas. Comencé a ganar dinero que lo ocupaba en ropa cara, carteras de marca y en vicios, mi mejor amiga y yo comenzamos a ser las más solicitadas de la agencia, cada vez teníamos que faltar al instituto o cosas importantes por nuestro “trabajo”.

Mis padres comenzaron a ver una actitud rara en mí y ver que cada día había una cartera o ropa nueva en mi habitación, pero sus trabajos los mantenían tan ocupados que no le prestaron mucha atención, así que yo seguí en la agencia. Sasha y yo dejamos el instituto en un segundo plano, el dinero que ganábamos ya no era suficiente y decidimos ya no solo salir y tener citas con esos hombres, ahora también nos acostábamos con ellos.

...

Pasaron algunos meses, me alejé de mis padres sin darles ninguna explicación y dejé el instituto. Ahora vivía con Sasha en una ciudad diferente y en uno de los barrios más lindos, seguíamos

en la agencia y teníamos fama, dinero y un hombre diferente cada semana. Hasta que la enfermedad comenzó, al principio solo tenía fiebre, fatiga y escalofríos, lo vi como una gripe y no le tomé mayor importancia, Sasha comenzó a ver mi deterioro físico y mental, ya no comía, comencé a verme pálida y consumía mucha droga.

Una mañana desperté con dolor muscular y llagas en la boca. En la agencia siempre se habló de tener cuidado con los hombres que salíamos, que seamos precavidas, que tengamos nuestros límites. La mayoría de las chicas consumen sustancias y compartían agujas, la verdad nunca pensé contagiarme de una enfermedad, pero solo eran mis pensamientos, aún no había un diagnóstico médico.

Sasha estaba cansada de verme sentada en un sofá y con demasiado dolor, así que decidí ir a ver a un doctor, el cual confirmó mis sospechas, me había contagiado de VIH, una enfermedad sin cura, una enfermedad que te mata lentamente. En ese momento me di cuenta de todo lo que había hecho con mi vida.

Cuando le conté a Sasha sobre mi enfermedad ella se derrumbó en llanto y decidimos escapar de toda esa red de chicas y hombres con poder, terminé postrada en la cama de un hospital y no tenía el valor de llamar a mis padres. Sabía que pronto iba a morir.

Una tarde mientras trataba de descansar sentí una mano sobre mi pierna, abrí los ojos y vi a mis padres, en ese momento sentí mucha paz, ese sentimiento que ya no sabía que existía y pude explicarles todo lo que había hecho con mi vida, después de eso, solo dormí.





La manchita

Ana Idrovo Medina

ana.idrovo.58@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0004-4739-3582>

Hola, me llamo Luna y hoy te voy a contar mi historia que no es muy larga, pero será un gusto contártela; cuando era pequeña me solía acomplejar un poco de mi cuerpo y se preguntarán ¿por qué? si tan solo eres una niña. La respuesta es que a nivel abdominal tengo un hemangioma de tipo mancha de vino de oporto; pero ahora te preguntarás ¿qué es eso?; pues te doy una breve explicación. Un hemangioma es cuando los vasos sanguíneos de cierta área del cuerpo no logran cerrarse cuando nos estamos desarrollando dentro del vientre de nuestra madre y esto da la apariencia en la gran mayoría de los casos de una mancha roja, por eso el nombre de “mancha de vino de oporto”.

Para mí, tener un hemangioma o como le sabía decir “una manchita” no era normal, ya que era la única que lo tenía de todos mis amigos y me seguía acomplejando de tenerlo, hasta que aprendí a vivir con ello y decir que mi manchita es algo que me hace única, como esta manchita es en forma de corazón me enseñaron a que yo tenía dos corazones y que no cualquiera puede llegar a tener dos corazones, o sea, que soy especial.

A medida que seguía creciendo no era fácil para mí porque mucha gente preguntaba ¿qué tienes en el abdomen? Al principio para mí era un poco vergonzoso estar explicándolo por el simple hecho de que pensaba que se burlarían, hasta cuando ya entré en la etapa de la adolescencia y ya no me daba vergüenza, es más, me sentía orgullosa de poder contar lo que tengo.

A los 17 años decidí dar un paso importante, tuve una consulta con mi dermatóloga llamada Esmeralda y me dijo que si yo algún día quedaba embarazada dicha manchita se iba a agrandar a medida que el abdomen fuera creciendo y era muy probable que esta ya no vuelva a su tamaño normal y con lo que me dijo me asusté bastante, así que después de pensarlo bastante, decidí empezar con un tratamiento para poder eliminar el hemangioma, este tratamiento consistía en sesiones de láser.

Cuando tuve mi primera sesión de láser estuve muy nerviosa, pero me armé de valor y entré al quirófano donde tenían el láser. No voy a negar que si me dolió un poco, a lo que me recetaron una crema que era relajante después de cada sesión, así; siempre que me tocaba una nueva sesión, tenía que hacer lo mismo.

Me mentalizo y digo “yo soy valiente y yo sé que puedo”. Hasta ahora llevo 5 sesiones de láser y realmente el tratamiento ha ido avanzando muy bien, por cierto, para que no te confundas, este es un láser específico para este tipo de hemangiomas.

De acuerdo a mi dermatóloga me quedan 2 sesiones más y le diré adiós a mi manchita; no te voy a mentir, al principio si me dio sentimiento el saber que ya no va a estar conmigo porque ha pasado ahí un poco más de 17 años y quitármela si es un poco nostálgico, pero dije “ya lo decidí y vamos a hacerlo”.

En fin, sigo con el tratamiento pero este ya mismo termina y ya no tendré mi manchita en mi abdomen, viviré igual que siempre pero con la diferencia que ya no tendré dos corazones sino tan solo uno.





Más allá del dolor

Katherine Idrovo Muñoz

katherine.idrovo@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0000-4389-3708>

El reino de los juicios conocido por sus eruditos que irradian sabiduría y por sus paisajes tan espléndidos donde las nubes conectan con las montañas y el viento cuenta la historia de encantadoras veladas, hubo un altercado que desató un cataclismo en el reino quitándole la sintonía por un intervalo de cuatro años. En ese periodo, una mujer del pueblo Cañarejo salió afectada por el desequilibrio y tuvo que afrontar las repercusiones, pero su entereza para afrontar aquel calvario fue imponente.

Esta mujer cuya personalidad posee la delicadeza del titilar de las estrellas que en compañía de la luna iluminan la noche, surge como ese resplandor en los momentos inciertos, pues su amor tiene tal permanencia que llena el alma de deslumbramiento y convierte la incertidumbre en evanescencia, esto es destacable porque en este mundo, el juicio de las personas se considera que está basado en la compasión que demuestran a lo largo de su vida, pero este error en la congruencia del reino la hizo pasar por una situación insólita porque, sufrió la que podría ser considerada la peor de las traiciones, pues, las centinelas de su cuerpo, provocaron una sublevación interna que resultó en una deserción biológica que desajustó la fisiología natural de las centinelas haciendo que arremetieran entre sí.

La mujer sentía un peso en su interior y un leve dolor que debido a su constancia la hizo suponer la contingencia de que algo malévolo sucedía por lo que fue con los guerreros del bienestar para descubrir el porqué de su lamento y descubrió la traición de las centinelas, desde entonces su resplandor se atenuaba y surgió el desconcierto sobre cuánto dudaría su existencia en el reino y sintió cercano su deceso, a pesar de que su integridad estaba comprometida, combatió durante toda la extensión de aquel mal al que se enfrentaba y finalmente ganó.

El reino correspondió a su fortaleza y además felicitó a los guardianes del bienestar por ayudar a impedir que la mujer siga con su padecimiento, el suceso infortunado contribuyó a encontrar

el problema que causó el desbalance en el reino y finalmente pudieron restablecer la serenidad.





Un dolor sin respuestas

Alexandra Elizabeth Lazo Gómez

aelazog89@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0008-7931-7145>

Todo empezó un día tranquilo. Estaba en mi cuarto y tuve un dolor inexplicable en el estómago que se extendía con una intensidad tan exasperante hasta la cabeza. Mis familiares, viendo mi condición, decidieron llevarme al doctor en el centro de salud. Me atendieron, pero no supieron darme un diagnóstico que satisfaga mi curiosidad, el médico les dijo a mis familiares que era solo un dolor abdominal pasajero, quizá provocado por algo que me hizo daño, y que no debían preocuparse.

Regresé a casa, tomé mi medicación y el dolor cesó, pero al cabo de una semana volvió con los mismos síntomas, decidimos visitar a otro doctor, quien también concluyó que el dolor provenía de algo que había comido, me mandaron otro tipo de tratamiento, pero

tampoco surtió efecto. Un día, mientras comía, decidí ir a mi cuarto. Prendí la tele y, de pronto, perdí la conciencia, cuando desperté, me encontré en un carro con mis familiares desesperados por llevarme al médico. En ese momento, noté un chichón en mi cabeza: me había golpeado contra el filo de la cama mientras convulsionaba, y mi pequeña hermana había presenciado todo, pero yo no recordaba nada; se sintió como si hubiera despertado de un sueño, a excepción del dolor evidente en mi cabeza.

Llegando al doctor, me examinó, pero se centró más en lo neurológico. Me mandaron a realizarme exámenes para descartar epilepsia. Cuando me hicieron esos exámenes, siendo tan joven, no entendía qué era esa condición, sin embargo, viendo la preocupación de mis padres y el apoyo de mi tía, empecé a pensar que algo en mí estaba mal, me preguntaba si podría seguir haciendo las cosas que me gustaban, una vez realizadas las pruebas, confirmaron que eran inicios de epilepsia. Mi mente estaba confusa, y no supe cómo asumir lo que me estaba pasando. Entré en una depresión a mi corta edad, sin saber expresar adecuadamente mis sentimientos de temor. Comencé mi tratamiento, pero la lista de medicamentos que debía tomar diariamente me incomodaba. Me aterraba pensar que podría perder el conocimiento estando sola.

Con los años, llegué al colegio, pero mis síntomas e inseguridades seguían presentes. Aunque no sufrí ataques, continuaba con los mismos dolores de estómago y cabeza, que a veces me dejaban internada toda la noche con medicamentos tan fuertes que interrumpían mi sueño, mi medicación se ajustaba constantemente para evitar otra convulsión. Algunas noches, el dolor en el estómago y en la cabeza

era tan intenso que veía figuras que solo yo percibía, y no sabía a qué hora se manifestaría el próximo dolor, esto afectaba no solo mi vida, sino también la de quienes me rodeaban. Cada semana visitaba al doctor, y el ajuste de la medicación era cada vez mayor, algo que no me gustaba porque me provocaba mareos en clase y no me dejaba concentrarme.

En una ocasión, me llevaron a otra aula para descansar, pero empecé a delirar, y los profesores decidieron llamar a mis familiares, mi tía acudió y me llevaron de nuevo a mi médico tratante, quien suspendió esa medicación y me dio indicaciones de evitar el sol y no estresarme.

Pasaron los meses y seguí asistiendo a clases sin molestias, hasta que, un día, un dolor agudo en el estómago me impidió mantenerme en pie. Mi tía decidió llevarme de emergencia al hospital, la atención no fue buena, así que fuimos a una clínica donde un doctor muy amable nos atendió, me informaron que sospechaban de cálculos en la vesícula. Me hicieron los exámenes correspondientes y sus sospechas fueron ciertas, llegué por la mañana y en la tarde ya estaba lista para ingresar al quirófano.

Al despertar de la cirugía, sentí un dolor tan grande en la zona operada que lloré. Con el paso de los días, mi condición mejoró y me dieron de alta, regresé a casa y tuve que suspender la medicación para la epilepsia, no sé si el dolor de estómago estaba relacionado con los cálculos, pero desde entonces no he sufrido ataques de epilepsia ni tomo medicación para esa enfermedad. Quizá el diagnóstico fue erróneo, pero ahora llevo una vida normal, sin dolor, hasta el día de hoy.





Una nutria ilusionada con la medicina

Pamela Palomeque Arévalo

pamela.palomeque@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0007-1057-5368>

En una pequeña aldea de nutrias, una joven nutria se enfrentó a una decisión muy importante en ese año: debía elegir una carrera para asegurar de cierta manera su futuro. Mientras sus compañeras se preparaban para rendir el examen más significativo hasta la fecha, ella también estudiaba arduamente de domingo a domingo, aunque en su interior algo le inquietaba, puesto que, no estaba segura de lo que realmente quería hacer.

Sin experiencia o guía de sus padres en estos temas, le llegó un mensaje en el que le notificaban que había sido admitida para la carrera de nutrición, aceptó el reto que se avecinaba, preparándose para cuatro años de estudio.

Al adentrarse en este nuevo mundo, la nutria intentaba adaptarse lo mejor posible, pero le tomó casi dos años darse cuenta de que la realidad que vivía no se alineaba con su personalidad y nunca se atrevió a dejar lo que estaba haciendo, ella estaba convencida de que, estando a mitad de camino, las cosas mejorarían. Estudiaba en una institución pública y pronto notó las barreras burocráticas y la falta de equidad en el trato hacia los estudiantes, sin embargo, encontró algo inspirador en su camino, le gustaba el contacto con personas enfermas, a quienes debía asesorar para mejorar su estilo de vida, aunque siempre quería hacer más por esas personas.

Durante este tiempo, conoció a otras nutrias que estudiaban lo mismo, a veces deseaba ser como ellas y sentir esa misma pasión, pero también entendía que debía mantenerse fiel a sí misma. En el último año, sus profesores organizaron un sorteo para asignar a cada nutria una ubicación remota,

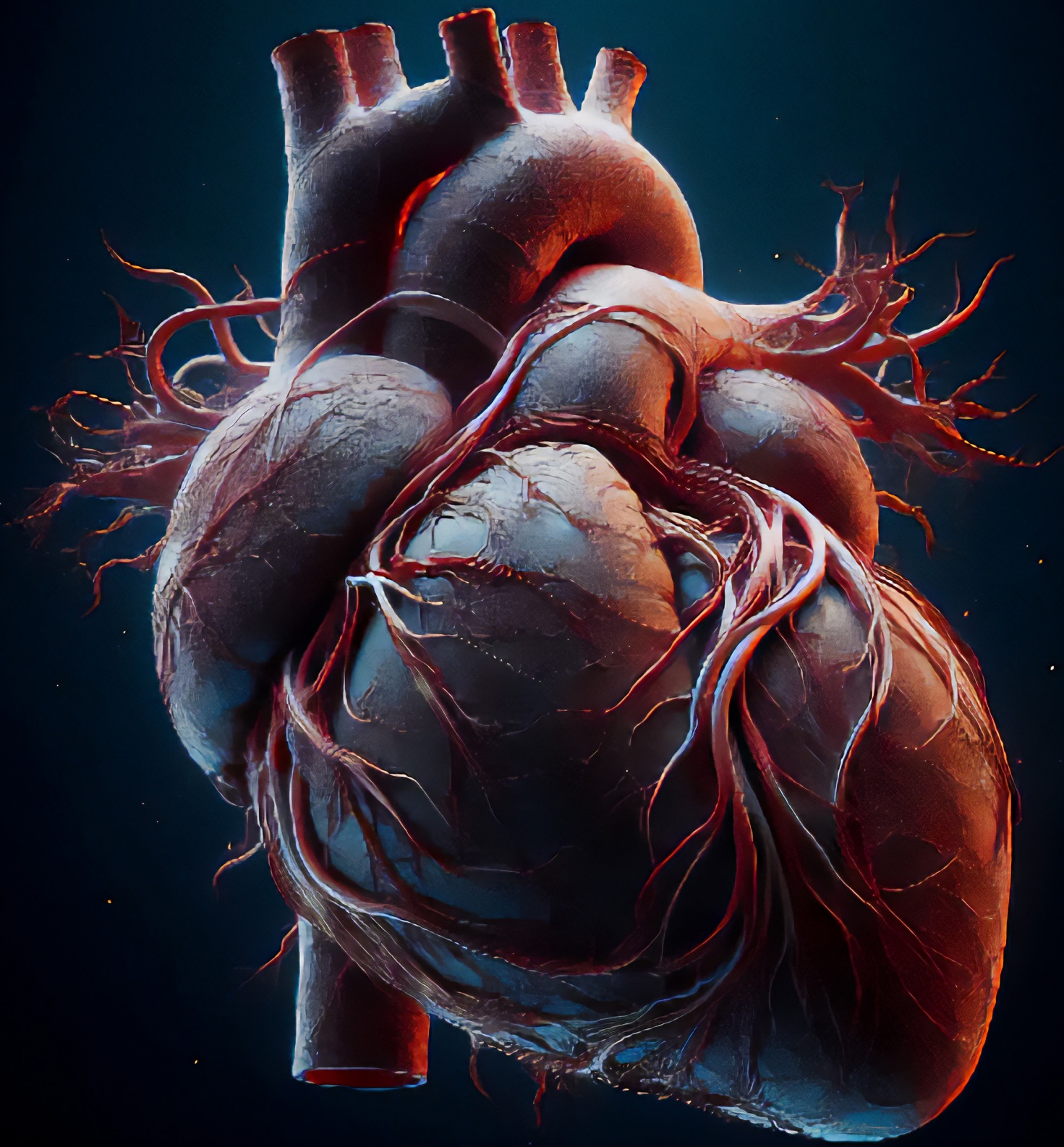
y el destino la envió a la Amazonía, un lugar completamente desconocido para ella, con una maleta llena de esperanzas, se embarcó en esta nueva aventura.

Día tras día, la nutria atendía a personas de distinta cultura y costumbre, maravillándose con la dedicación de los médicos que

trabajaban allí, mientras ella permanecía en su escritorio, ellos atendían a pacientes con todo tipo de enfermedades y regresaban con fascinantes historias que contar. Admiraba el uniforme verde de los médicos, que contrastaba con su uniforme morado, y soñaba con el día en que pudiera vestir de verde y ser parte de su equipo, en ese momento, tuvo una certeza su verdadero deseo era convertirse en médico, pero primero debía concluir su carrera en nutrición, porque estaba segura de que ya batalló mucho hasta ese momento y no era conveniente tirar la toalla.

Regresó a casa llena de nostalgia, y aunque ansiaba quedarse en la Amazonía, comprendió que debía seguir otro camino, el día de su graduación como nutricionista, su mente estaba en otro lugar, imaginando cómo sería graduarse como médico. Unos meses después, tomó la decisión de comenzar de nuevo, pidió el apoyo de sus padres, quienes, sin sorpresa, aceptaron ayudarla, pues conocían bien las fortalezas de su hija.

El primer día en la facultad de medicina fue extraño e inspirador, tenía varios años más que sus compañeros, pero eso no la desmotivaba, al pasar el tiempo, se dio cuenta de que en ese lugar siempre deseo estar. Aunque a veces quisiera que el tiempo avanzara más rápido para poder trabajar en lo que le gusta y en comunidades lejanas, para ser parte de diagnósticos y tratamientos, integrando lo aprendido en su primera carrera. Finalmente, entendió que nunca es tarde para dedicarse a lo que realmente hace vibrar el corazón, la mente y ser un médico sin fronteras.





El último suspiro

Teresa Jesús Guamán Aguayza

teresa.guaman@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0007-1369-5197>

Aquel día de verano, aquella sonrisa, aquel motivo que siempre me hará esperarlo... Nunca pensé que en un instante mi vida se tornaría de color gris y se desvaneciera en milisegundos.

Jacinto, viejito risueño, con ojos de mil vidas, mi lugar favorito y sobre todo mi marcapasos (mi conexión y dependencia emocional), creyente de las religiones, en especial de la religión católica. Cada noviembre, el día de los difuntos, solíamos visitar junto a las demás personas de mi familia a nuestros seres queridos, pero él siempre bromeaba con cada pariente que aparecía y decía que el mismo destino nos esperaba...

El 2 de noviembre de 2015, un día como cualquiera, decidimos visitar el cementerio para poder arreglar y limpiar la tumba de nuestros familiares, cada tumba reluciente se veía, la palabra de Dios se escuchaba mencionada por el padre, familiares aparecían y con un abrazo les saludaba, en tiempos de colada morada pues dos o tres vasos no eran suficientes, cada segundo pasaba al ritmo del latido de nuestro corazón.

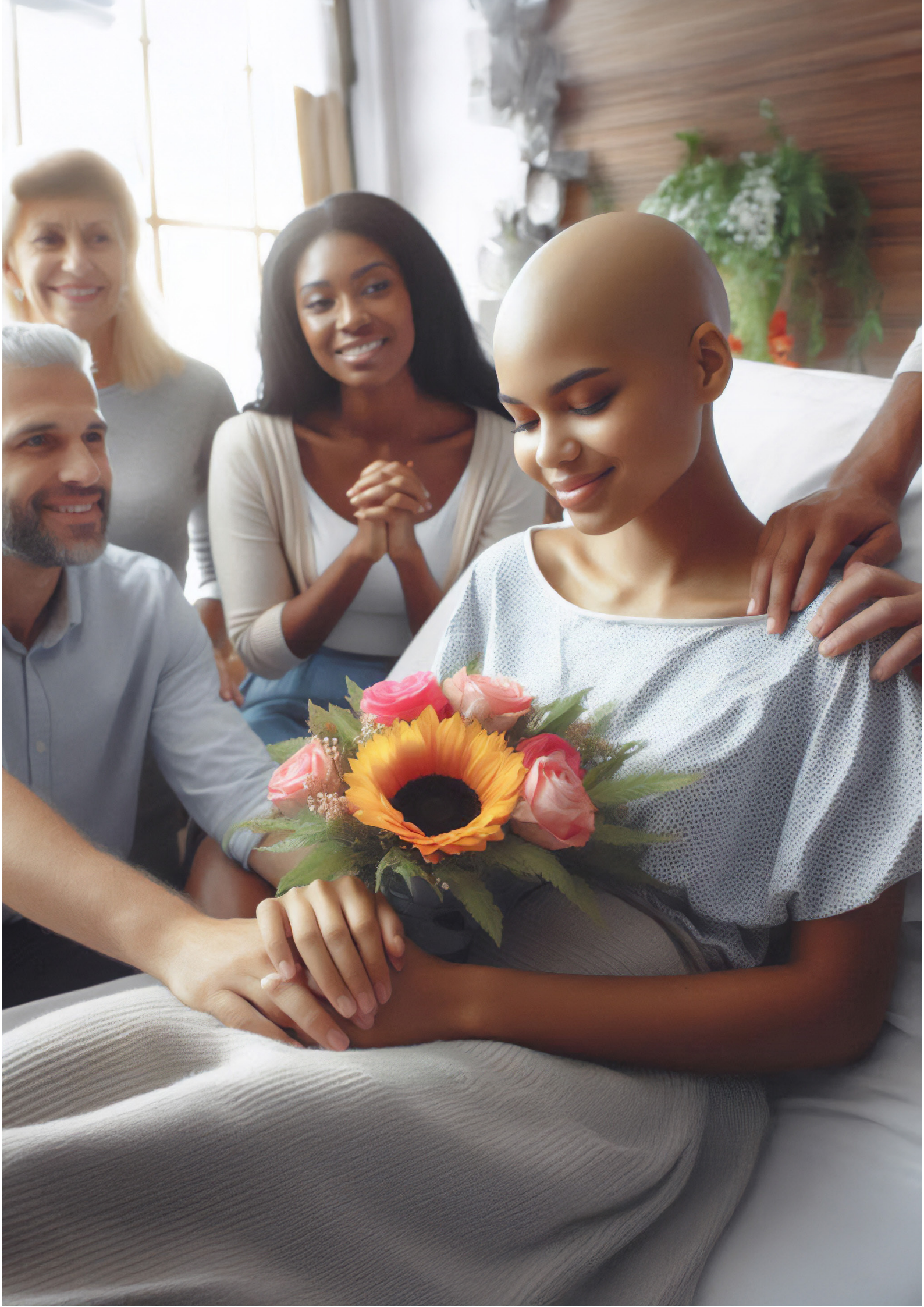
Al llegar a casa me impresionó al prepararnos una exquisita cena, barrió e incluso lavó los trastes. Sin darnos cuenta, de charla en charla nos cayó la noche, y entre confidencias decidimos hablar sobre la salud de mi abuelo, noté lo mal que la pasaba al no saber qué era lo que tenía, su respiración era agitada y solía sentir dolores en el pecho, sin embargo, ningún médico coincidía con su diagnóstico, a pesar de ello con una mirada pasiva y carita sonriente nos dijo: ‘‘No se preocupen, todo está bien y me siento mejor que nunca’’, pero quién diría que de aquella noche hermosa pasaría a ser una trágica madrugada.

3 de noviembre de 2015 cuando de una punzada en el corazoncito, dolor en el hombro y falta de respiración lo llevaron a un lugar en donde luchaba por su vida, una gran calma evadió en nosotros cuando los doctores nos dieron la noticia de que ya todo había pasado.

La hora de la visita llegó, sus te quiero destruían mis marcapasos sin razón alguna, me tomó de las manos y tan cálidas las sentí, como si fuera mi único lugar seguro, me miró a los ojos y lo vi desvanecerse de mi vida cuando cerró sus ojos y empezó a

ponerse frío, en ese momento no sabía cómo actuar; solo quería creer que eso no estaba pasando. Al ver cómo el desfibrilador sacudía su cuerpo, las lágrimas caían como gotas de lluvia, era lucha tras lucha, pero ya se había acabado el tiempo, al salir de la habitación sentí mis piernas temblorosas, mi mente se nublaba y vi pasar mi vida como si me hubiesen arrebatado el corazón.

La madrugada continuaba, los recuerdos pasaban por mi mente de cada momento vivido a su lado, lo veía con esa sonrisa radiante y lo escuchaba decir: "No te preocupes", a su vez sus palabras se desvanecían en el aire junto con él, yo intentaba detenerlo, pero no tenía la fuerza que necesitaba para hacerlo, solo pude observar su rostro lleno de paz y finalmente dio su último suspiro.





Superando la adversidad

María Fernanda Cuesta Verdugo

maria.cuesta@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0006-4579-6630>

En una comunidad aledaña a la ciudad de Cuenca, provincia del Azuay, vivía una familia conformada por el papá llamado Alberto, la esposa Rocío, sus hijos Pedro, Juan y Naty, como eran tan pobres, los padres salían a trabajar a la ciudad diariamente para comprar, alimento, útiles escolares para sus hijos, los mismos que estudiaban en un colegio que queda en un sector rural. Esta familia sufría por la enfermedad de su hija menor, la misma que tenía fuertes dolores en su cuerpo que le impedía desenvolverse en sus actividades cotidianas.

Un día, mientras sus padres trabajaban, Naty se desmayó en el aula del colegio con dolor del estómago, la profesora llamó inmediatamente a los médicos del centro de salud más cercano, quienes llegaron al establecimiento educativo y encontraron a la señorita sin poder respirar y con fuertes dolores de su estómago. Le llevaron de urgencia al Hospital Regional de la ciudad de Cuenca donde le realizaron varios exámenes, ecografías, rayos X, descubriendo que la estudiante tenía cáncer de estómago.

Sus familiares al enterarse de esta triste noticia, se preocuparon mucho, incluso su madre cayó desmayada, las enfermeras y doctores trataron de reanimarle, tomando su presión y dándole primeros auxilios. Mientras tanto, Naty fue internada en esta casa de salud, donde fue atendida por los doctores especialistas en oncología, los mismos que decidieron que la joven reciba quimioterapia una vez por mes, con el propósito de acabar con esta enfermedad que tanto daño hace a toda la población y el mundo.

Naty algunas veces se encuentra con depresión, ansiedad, hay días que le baja la presión, para lo cual continuamente le realizan chequeos, debido a esta enfermedad y por la desesperación y ansiedad que sufre la joven, tiene muchas palpitaciones en su corazón y es atendida por un cardiólogo.

Ella lucha por sobrevivir superando esta adversidad con el apoyo de todas las personas que le rodean, especialmente por sus allegados que están pendientes, quienes realizan rifas solidarias, con la finalidad de ayudar económicamente a la familia, como

también con el apoyo de un psicólogo clínico que le ayuda en la parte emocional, ya que ella, deprimida por esta grave enfermedad, sufre insomnios que no le permiten dormir.

Gracias a su detección oportuna y a los medicamentos, va mejorando paulatinamente de los fuertes dolores que le aquejan a su organismo debido a las células cancerígenas. Después de seis meses de haber recibido las quimioterapias y medicamentos recetados acertadamente por los galenos, Naty va recuperando su salud, autoestima, así como su cabello que cayó durante el tiempo de tratamiento, ahora consume alimentos saludables e incluso mantiene el ánimo de vivir.

Esta joven acude al hospital cada mes para su control y exámenes generales, ya que esta enfermedad puede afectar a otros órganos del cuerpo. Hoy en día, Naty y su familia están más tranquilos, ya que cumplen al pie de la letra lo recetado por los galenos, acude al plantel educativo de manera regular y con la ayuda de sus docentes y compañeros sigue adelante luchando contra esta enfermedad.





El regalo de un último verano

Jahir Guamán Gualpa

jahir.guaman@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0004-8092-6467>

Mañana lo haré, ¿verdad?

Muchas veces lo pensamos, sin conocer a ciencia cierta si existirá nuestro mañana.

Lian, el hijo menor, muy querido en su familia, tenía una gran relación con sus padres, pues era un chico tranquilo que le dedicaba mucho tiempo a sus estudios y a pasar tiempo de calidad con sus

seres queridos, siempre el mejor de su clase, un gran deportista, un completo orgullo para todo aquel que lo conocía, al terminar el colegio, toda su familia lo celebró junto a él, emocionados por lo que le esperaba en la universidad.

Al iniciar la universidad, conoció mucha gente nueva, con quienes estableció una amistad, al inicio todo eran risas y diversión, hasta que un día uno de ellos llevó una botella de alcohol, incitándolo a beber, Lian se negó, al recordar todas las enseñanzas de sus padres, pero luego de mucha insistencia accedió a darle un trago a la botella, algo inofensivo, dijo Lian.

La semana siguiente ocurrió nuevamente, luego de un examen en donde, a la mayor parte de sus amigos no les había ido del todo bien. ¿Una botella para quitarnos el estrés? Dijo uno de sus amigos, a lo que Lian, frustrado por la nota que obtuvo accedió, al fin y al cabo, que podría pasar con una sola botella, pensó.

Entre risas, bromas y el alcohol, Lian se quedó dormido, efecto de las sustancias que había ingerido, sus padres llamaron varias veces a su celular, y él no contestó, preocupados salieron a las calles a buscarlo y dar con su paradero, cuando finalmente despertó, los llamó e informó que se encontraba bien y que ya iba camino a casa.

Al llegar, sus padres lo abrazaron aliviados de que estaba sano y salvo, pero luego lo reprendieron, recalcando que esos no son los valores que ellos le habían inculcado, por la frustración, se les pasó un poco la mano, llegando a una fuerte discusión padre



e hijo, en donde las dos partes dijeron palabras hirientes. Lian llevado por la ira de pensar que fue un solo error y que sus padres no lo entendieron, se encerró en su cuarto enojado, a los pocos minutos recibió una llamada de sus amigos, quienes le enviaron fotos y videos de como la pasaron ese día, él pensó, no fue tan malo, y mis padres mañana seguramente lo habrán olvidado.

Al día siguiente sus padres continuaron recriminándole sus acciones del día anterior, él, molesto por la reprimenda, salió de su casa enojado y frustrado, a las pocas cuerdas su amigo lo esperaba.

¿Qué tal la resaca? Exclamó. Mientras reía. Lian le contó lo que había sucedido con sus padres, su amigo minimizando lo sucedido le ofreció curar la resaca y olvidar la reprimenda con una cerveza, la mejor idea, pensó. Esa cerveza se convirtió en dos y esas dos en malas decisiones, buscando nuevas experiencias, su amigo le ofreció visitar un bar nocturno, sin noción de la cordura, Lian aceptó, y en un desliz, cometió actos que iban en contra de todos los valores que sus padres le habían enseñado.

Pasaron los días y semanas, la relación con sus padres fue deteriorándose cada vez más, al punto que solo se hablaban cuando necesitaban algo, ya ni siquiera se decían los buenos días o buenas noches, y cada vez los padres intentaban hablar con su hijo, este simplemente los ignoraba o les gritaba, era un caso perdido.

Meses después, Lian comenzó a sentirse mal, una gripe o algo, pensó, pero al pasar los días no veía mejoría en sus síntomas, y decidió ir al médico, quien luego de realizarle varios exámenes le dio una noticia que lo dejó paralizado, en aquellos meses en donde no midió las acciones que tenía, contrajo una enfermedad muy grave, sin cura y con tratamientos muy costosos. Miedo, angustia y arrepentimiento, fueron algunos de los sentimientos que tuvo en aquel momento, ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo?, pensaba, mientras lloraba y pensaba que hacer, fue con su amigo, a

contarle lo sucedido, a lo que él con una mirada de asco le dijo: “aléjate de mí, que me puedes contagiar”, y le dio la espalda.

Sin otra idea, con la mirada hacia abajo y lágrimas en los ojos, recurrió a sus padres, esperando una reacción de ira y que le dieran la espalda. Quienes, al escuchar la historia, lo consolaron y dieron su apoyo, iniciando una búsqueda incansable de alternativas para que su hijo pueda mejorar. En el proceso, la familia volvió a unirse y a pasar mucho tiempo juntos, Lian valoraba cada segundo que tenía junto a ellos, aunque recriminándose aún de lo tonto que había sido al no obedecer a sus padres, quienes nunca le recriminaron nada, únicamente le daban todo su apoyo.

Luego de 1 año de lucha y esfuerzo, Lian partió de este mundo, dejando un gran vacío en sus padres, quienes lo recordaban, como el niño gentil y estudioso que criaron, nunca con una mala imagen, porque para ellos ese chico jamás representó a su pequeño, solo fue una parte que malos amigos corrompieron.

Al pasar los años, adoptaron un cachorro, L sería su nombre, en honor al hijo que tanto amaron, un día, mientras jugaban en el jardín, L excavó un gran agujero. ¡Basta!, le dijeron, pero haciendo caso omiso siguió, al asomarse los padres de Lian, observaron una pequeña caja metálica, ¿y esto? Al desenterrar la caja y abrirla, se llevaron una gran sorpresa, eran fotos de ellos y su hijo, junto con un papel arrugado, el cual contenía un escrito que decía

Papá, mamá, no sé cómo expresarles lo agradecido que estoy con ustedes, nunca me han dado la espalda en todo este tiempo, a pesar de que yo traicioné todos los valores que habían encomendado en su pequeño hijo, les pediría perdón, pero sé que jamás serían suficientes los lamentos para decirles lo mucho que



lo siento. Estos meses en los que, por mi enfermedad pasamos tiempo juntos, fueron los mejores, a su lado olvidé por completo lo que me pasaba, son los mejores padres del mundo, y estas fotos son para que me recuerden, son “El regalo de un último verano” cuídense mucho, yo lo haré desde donde me encuentre.





Más allá de la apariencia

Evelyn Gabriela Paguay Riera

evelyn.paguay@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0006-3777-911X>

En una ciudad donde todo parece tranquilo, sus habitantes se encuentran atrapados en recuerdos que ya no encajan con su vida actual, allí nos encontramos con una narradora que, probablemente, observa la vida desde una perspectiva muy diferente a la de cualquier lector de esta historia, y que, poco a poco, revela el misterio del tiempo y del afecto a través de cada personaje.

Recordar todos los sucesos que nos han marcado a lo largo del tiempo es algo aterrador; es algo con lo que hemos tenido que aprender a vivir y sobrellevar. En concreto, nos transportamos a

marzo del 2020, cuando el país entero se paralizó al entrar en una pandemia provocada por una enfermedad que los médicos apenas comenzaban a comprender, en medio de la incertidumbre, las autoridades consideraron que la mejor forma de enfrentarla era el aislamiento total cada familia.

Fueron tres años en pausa para todos, tres años en su fase más crítica, durante este tiempo, muchos de nosotros lo utilizamos para reflexionar y tratar de comprender mejor a las personas más cercanas, sin embargo, en otros casos, la convivencia constante generó numerosos problemas familiares, provocando en algunas personas altos niveles de ansiedad y depresión, hubo suicidios, y casos de maltrato físico, psicológico, sexual, entre otros.

Aún recuerdo lo abrumador que fue para mí convivir tanto con ella y su pareja, los gritos, las peleas e incluso los insultos se volvían cada día más “normales”. Tener que soportar a alguien que ni siquiera hacía el mínimo esfuerzo por llevarse bien conmigo y, al mismo tiempo, estar pendiente de esas clases en línea que fueron tan fastidiosas...

Hubiera sido bueno que solo fueran mis clases, pero ser la hermana mayor de dos niños “terminator” nunca es fácil, ya que me tocó asumir roles que ni siquiera me correspondían.

Quisiera profundizar más, pero de solo de recordarlo siento un leve malestar en la cabeza ¿Por qué? Qué tensión tan horrible es pensar en él, en ese tipo tan miserable... ¿o exagero al llamarlo así? Aunque, ¿cómo más podría llamarse alguien que siempre

intentaba provocar peleas y conflictos entre una familia? Un hombre que solo miraba por sí mismo, sin importarle si sus acciones nos ponían en peligro. Alguien que, con solo abrir la boca, era capaz de asegurarnos castigos por semanas. Yo siempre tuve que mantenerme firme, por qué, al final, tenía dos hermanos menores, y si yo no los defendía, ¿quién lo haría? Ella estaba supuestamente enamorada... Y quizás, a estas alturas ya han sacado conclusiones y piensan que “el” pudo haber sido mi papá, o se preguntan la clásica: “¿Y papá, ¿dónde estaba?”

Papá no estaba. Desde que tengo memoria, siempre fue mi héroe; sin embargo, dejó de serlo hace muchos años, cuando lo volví a ver, solo me encontré con los restos de quien, en otro tiempo, fue mi mayor admiración, desde entonces, comprendí muchas cosas, y la principal fue que, si no me salvaba yo, nadie lo haría por mí.

Mencioné que, durante esta cuarentena y por todos los problemas con mamá, decidí irme a vivir con papá, pero fue toda una locura. Cuando llegué, todas mis expectativas se desplomaron de golpe. Vi cómo ellas, su pareja y su hija, vivían de forma tan liberal, llevando su vida como si no hubiera un mañana. Era impactante, porque siento que el Frank que yo conocía nunca lo habría permitido; es más, probablemente yo habría recibido un castigo por mucho menos. Pero allí no era así, su pareja y su hija hacían, literalmente, todo lo que en algún momento me enseñaron que estaba mal.

Mi zona de confort siempre fueron esas video-llamadas que recibía, algunas de familiares en el extranjero y otras de mamá, llamando para ver si ya había comido o si estaba bien. Pero yo no entendía y me sentía tan confundida. ¿Por qué entonces prefería a un hombre antes que a sus hijos? ¿O simplemente actuaba como una niña caprichosa que no quería entender nada?

Cuando me enteré de que el miserable, o como lo llamaba mi mamá, “Tony”, había migrado, fui la más feliz. Sin dudar, volví con ella, y cuando todo para mí parecía estar mejor, mi abuelita cayó gravemente enferma con la tan mencionada enfermedad del COVID-19. Vaya que nos hirió a todos. Estábamos profundamente preocupados por ella y no entendíamos cómo pudo contagiarse si siempre estuvo en aislamiento. A pesar de no ser muy religiosa, sentía la necesidad de orar por ella, de pedir por su bienestar, porque, como se mencionó al inicio, era una enfermedad que apenas los médicos lograban comprender.

Al poco tiempo de que mi abuela Martha se enterara de que tenía COVID, su sonrisa y esa alegría tan hermosa que siempre la acompañaban desaparecieron. Poco a poco, lo único que veíamos en ella era a alguien demacrada; quizás sea un término fuerte, pero en realidad se la veía muy mal. Todos queríamos estar con ella, pero, por supuesto, la clínica no permitió. Al estar ahí, paseando un poco por ese lugar tan deprimente, uno observa demasiadas cosas que, como ser humano, te llenan de tristeza, Ver a familias enteras llorando, sin ninguna fortaleza, te parte el corazón; o al menos me pasaba a mí. Hubo un caso peculiar, el de una anciana que lloraba desconsoladamente por

su compañero de toda la vida, su esposo. Vi cómo el doctor a cargo se portó de manera déspota con ella, un trato que no encajaba en el perfil de un “profesional”. ¡Qué falta de empatía! Me llenó de coraje, pero ¿qué podía hacer yo, si apenas tenía 14 años? ¿Quién le hace caso a alguien de esa edad? Además, ¿cómo decírselo a mi familia si todos estaban tan preocupados por Martha? Yo también debía estarlo, claro, pero jamás he sido buena para mantenerme quieta en un solo lugar.

Con el paso de los días, Martha iba mejorando, y qué gran felicidad nos daba saberlo. Cuando salió de la clínica, vi a casi toda mi familia reunida después de mucho tiempo; todos la recibimos entre risas y abrazos, sin embargo, esa reunión fue lo único que duró el “cariño”, ya que después de eso pasan meses en los que muchos no la visitan.

Nos adelantaremos un poco, hasta que por fin terminó la cuarentena. Alguna vez alguien habló de lo complicado que fue retomar todo de nuevo; siento que ninguna empresa ni persona quedó igual, porque, como ya lo mencioné, muchos meditaron tanto que cambiaron por completo su forma de ser, y volver a verlos después de tanto, fue como tratar de reconocer a un desconocido. Me incluyo ahí, fue durante este tiempo que también decidí hacer algo por mí, y entonces comencé a emprender con cada idea que se me ocurría.

Siempre escuchaba “emprender es fácil”, pero vaya que no lo es. Para empezar, necesitas mucha seguridad y positivismo para que tu negocio funcione, recuerda que, a veces, nadie te apoyará, y es

en esos momentos cuando debes ser suficiente para esforzarte aún más y demostrar que sí puedes. Al menos, eso fue lo que hice, aún recuerdo la desconfianza que siempre hubo en casa, empezando por mi mamá. Nunca he entendido si tenía miedo de que me pasara algo o de que perdiera dinero, dinero que nunca le pedí porque siempre pensé que, si la ilusión es tuya, haces todo lo posible para lograrlo. Por ejemplo, yo, que desde el colegio me dediqué a ahorrar, cuando tuve la idea de emprender, nada me detuvo, y me fue muy bien.

Todo parecía tan fácil estando en el colegio, sin embargo, cuando me gradué y entré a la universidad con apenas 16 años, lo intenté de nuevo y todo se me complicó. Especialmente el tiempo: mi tiempo ya no era el mismo, necesitaba centrarme aún más en lo que realmente deseaba (mi carrera), y aunque nunca me limité, las personas a mi alrededor e incluso la vida misma me demostraron que las cosas ya no eran igual. Finalmente, me sentí estancada. Sé que es raro; me lo han dicho: ¿cómo te sientes estancada a esa edad? Pero siento que los demás no comprenden la presión que llevo dentro. Siempre estoy muy pendiente de los trabajos de la universidad y trato de presentar lo mejor de mí, pero vaya que si consume mucho tiempo.

Hace un tiempo, me encontraba devastada, decepcionada de mí misma y, sin duda, confundida, tratando de comprender si la carrera realmente era para mí, había arrastrado una materia y sentía una presión tan grande que mi única salida fue decidir dejarlo todo. En mí no aplicaba la típica frase de “un error lo comete cualquiera”. Por eso, muchas veces caí en periodos de

depresión, ansiedad y desesperación, incluso sintiendo miedo de mí misma.

¿Cómo se le cuenta eso a mamá o papá si ya no eres una niña pequeña que puede pedir ayuda sin pensarlo? Y, aunque lo era, la única ayuda que recibía eran un par de palabras que decían: “Tu única obligación es estudiar. Deja de llorar, te voy a dar uno para que lo hagas con ganas”. Tener un padre como el que me tocó a mí fue lindo en su momento, porque, lamentablemente, creó en mí una perfeccionista que ni siquiera puede tener control sobre sí misma, pero que, sin embargo, planea hacerlo con toda su vida.

Finalmente, aunque me costó muchas lágrimas y momentos de tristeza, aprendí a liberarme un poco y a no presionarme tanto, ya que lo único que lograba era lastimarme mentalmente. Como dicen, si la mente no funciona, nada lo hará. Además, ¿cómo es posible que alguien que se prepara para cuidar la salud de los demás no se preocupe por su propia salud? Eso, sin duda, no está bien. A través de este breve relato, espero que reflexiones sobre cómo va tu vida y tu salud en un mundo donde todos parecen ser perfectos.





Solo quedan horas para llegar al final

Mary Vargas Coyago

mary.vargas@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0002-1467-7066>

En un poblado sardesco, circundado por montañas, habita Grey, una mujer de 50 años que conduce una vida serena y aislada, la señora ha consagrado toda su existencia a su familia, en particular a sus tres hijos, de los cuales ahora dos residen en la ciudad y el hijo más grande se trasladó a Estados Unidos. El relato tiene lugar en el último año de su existencia, tras conocer que su cáncer de útero, detectado hace semanas, ha progresado a una etapa terminal con metástasis. Esto se debe a que no se le brindó atención inmediata a pesar de los dolores y síntomas

que experimentaba. Con el diagnóstico, elige no realizar tratamientos invasivos y elige recibir atención paliativa en su hogar.

El padecimiento de esta mujer afecta a todos los miembros de su familia, y al conocer la metástasis, sus hijas, Thalía y Mayra, vuelven al pueblo para brindarle su apoyo. La conexión entre los tres es intensa, sin embargo, también ha estado caracterizada por la separación y ciertos resentimientos sin resolver, particularmente entre las dos hermanas, que han experimentado un distanciamiento en los años recientes. Grey trata de preservar la tranquilidad, concentrándose en la reconciliación de sus hijos y en la creación de memorias en sus últimos años. Su casa, una modesta vivienda con un jardín donde disfruta de su tiempo, se transforma en el núcleo de su tranquilidad mental, un lugar donde las emociones se agudizan.

Conforme empieza a deteriorarse su salud, sus hijos batallan con la realidad de la enfermedad y la certeza de su fallecimiento. Matías, un hombre pragmático, propone terapias experimentales y solicita segundas perspectivas, mientras que Mayra, más delicada, opta por honrar la elección de su madre de pasar sus últimos días sin más intervenciones. Este conflicto provoca tensiones entre ambos, puesto que ambos tratan de gestionar la situación de forma individual, ella contempla sus debates en silencio y, en sus instantes de claridad, los motiva a apreciar el tiempo que les queda juntos y a reconciliarse. Para ella, su último anhelo es dejar en paz a su familia.

En las etapas de mayor sufrimiento, ella encuentra refugio en el jardín de su casa, envuelto por las plantas que ha mantenido durante años, ahí descubre una serenidad única y, cuando el sufrimiento lo permite, conversa con sus hijos acerca de la relevancia de los recuerdos que forman juntos y de vivir con agradecimiento. Para los herederos, cada día se transforma en una enseñanza, mientras aprenden a apreciar la presencia de su madre y cada mínimo elemento que les rodea. Con el transcurso del tiempo, ambos empiezan a aclarar sus discrepancias, identificando el valor de la unidad familiar.

Al final, la decadencia de Grey se intensifica, y en su último día, en compañía de sus hijos y familiares cercanos, se retira con una sonrisa, consciente de que su propósito vital está cumplido. Sus hijos, al tomarse de la mano, descubren que, a pesar del sufrimiento de la despedida, han hallado en esta vivencia un nuevo vínculo que promete preservar el recuerdo de su progenitora.





Los sacrificios para cumplir un sueño

Maritza Contenido Cango

ayda.contento@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0002-8899-0768>

“Las manos frías, los ojos llorosos y la nieta sentada a un costado de la cama se despidió de su abuela”.

Aquel recuerdo donde la primera vez que faltó al colegio por irse con su mamá, llevando a su abuela al hospital, permanecen intactos, ese día el sol resplandecía, los pajaritos con sus cantos alegraron la mañana, las risas no faltaron; al llegar donde el doctor y esperar los resultados todo marchaba bien, sin embargo, salió el médico y con una voz cálida y serena se dirigió a su mamá diciendo, lamento mucho tener que darles esta noticia; los exámenes realizados determinan que estamos frente a un cáncer de etapa avanzada. El mundo se derrumbó y las lágrimas

no pararon, ante esta noticia solo quedaba esperar, debido a que el cáncer de pulmón ya era demasiado avanzado.

El doctor recomendó empezar con las quimioterapias para controlar el avance de este y de igual manera aliviar algunos síntomas, aunque nada de eso aseguraba obtener buenos resultados. Su abuela se negaba recibir quimioterapia, ella prefería pasar sus últimos días con su familia, pero accedió ante la petición de su nieta con quién compartió muchos lindos y bellos momentos desde su nacimiento. Las quimioterapias empezaron y como todo tratamiento tiene sus efectos negativos, aquella abuelita se apagaba poquito a poquito, las sonrisas disminuyeron, las preocupaciones aumentaron y su nieta le acompañaba en todo momento sin saber que todo esto cambiaría.

En el día de su graduación aquella nieta reflejaba una mirada triste, mientras ella se graduaba del bachillerato su abuelita se encontraba recibiendo sus quimioterapias y luchando por unos días más de vida, al pasar los días, aquella nieta tenía que tomar una decisión muy dura y difícil, sus sueños eran seguir medicina en una universidad que quedaba lejos de su pueblo y no sabía qué decisión tomar. Sabía el esfuerzo y duro trabajo que le costó conseguir un cupo en la universidad que quería, pero no era capaz de abandonar a su abuelita.

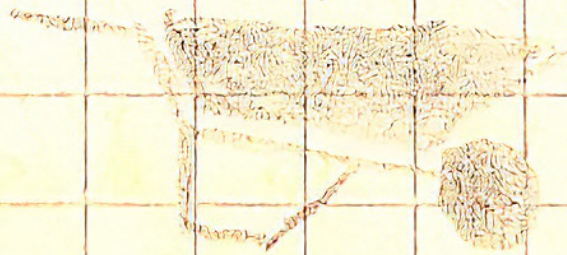
Aquella tarde su abuela acostada en una cama llamó a su nieta; con los ojos llorosos y las manos frías, tomó de las manos a su nieta y dijo saber todo lo que estaba pasando, sin embargo, ella quería que su nieta luchara y triunfara por sus sueños, la cual ella era testigo

de cuánto anhelaba esa carrera, aunque eso costaría un sacrificio de no saber si la volvería a ver o si tendría la oportunidad de volver a jugar como cuando apenas era una niña. La nieta con la voz entrecortada accedió ante la petición de su abuelita prometiendo no defraudarla y esforzarse por aquel sueño.

Se despidió con un fuerte abrazo, agarró sus maletas y se subió al bus de partida con el corazón roto y muchos recuerdos que pronto quedarán en el vacío, los meses pasaron, todos los días había una llamada, pero un lunes a las 9:30 la nieta se encontraba en clases y recibió una llamada de su mamá la cual dijo: tu abuelita te necesita, ella sin saber que pasaba insistió a su mamá preguntando lo sucedido, pero su mamá dijo que solo esperaba que se encuentre bien y solo llamaba para eso. Se despidió, pero la angustia de la nieta no paraba, preguntando qué pasó o por qué la mamá le diría que su abuelita la necesita. Sin pensarlo cogió su mochila y decidió regresar a su casa donde pensaba que su abuelita la esperaba.

Pero al llegar, no entendía por qué había tanta gente en su casa y porque todos la miraban de manera fría y triste. Al saludar a su mamá se fijó en un ataúd lleno de flores alrededor y velas a los cuatro lados, las lágrimas cayeron, corrió a ver a su abuelita, la cual vestía un vestido blanco, se derrumbó al lado del ataúd, no dejaba de llorar, su mamá se acercó, le dio un abrazo y dijo que su abuelita estaba feliz cuando se despidió y dijo que las cuidaría estén donde estén. El dolor fue muy grande, pero a la vez sabía que dejaría de sufrir y estaría en un lugar mejor, los años pasaron, pero el recuerdo de aquella abuelita seguía presente y lo seguirá siendo.

HOSPITAL ISIDORO AYORA



14

1917

14



Superando barreras: la lucha de un niño por su sueño

Amable Gonzalo Sánchez Ojeda

amablesanchezo710@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0009-9850-1914>

¿De verdad que los sueños se cumplen?, o es solamente una inocente ilusión que se nos hace creer para tener un objetivo, después de todo, cada uno de nosotros somos el autor de nuestra propia vida y decidimos el rumbo de la misma. Los sueños no tienen edad, ni estatus social, ni limitaciones, es nuestra mente la que pone ese límite y nos dice si podemos o no hacerlo, aunque, la situación amerite un fracaso, tenemos que creer que lo

lograremos. No hay nada en este mundo que te dañe más que tu propia mente, pero no hay nada en este mundo que te cure mejor que tu mente. Esta es la historia de un niño que creció en las calles y tuvo que aprender a defenderse por sí mismo, pero que tenía un sueño muy claro, salir de ese estilo de vida y sacar adelante a su familia y futuras generaciones.

En busca de un mejor futuro, desde la adversidad, una pareja emprendió su viaje hacia la Loja contemporánea, el trayecto fue difícil, aguantando las noches heladas del páramo y los días infernales de los valles, con provisiones justas, pero con un futuro claro para ellos. Después de infinitos días de camino, vieron a lo lejos su oportunidad, su manera de sacar adelante a la familia, sabían que no sería fácil, pero el amor y la obligación de padres les daba ánimos. Una vez en la ciudad, cualquier ocupación era digna, ya sea como agricultor, zapatero u obrero. Ellos trabajarían duro para alimentar a sus 8 hijos.

El hijo menor vivió todas las complicaciones que significaba tener una gran familia, pero sin los recursos necesarios, por lo que desde pequeño él tuvo que ver la manera de aportar algo a su hogar. Conforme los años pasaron, el niño entró a la escuelita, pero ahora tenía la tarea de estudiar y seguir aportando a la familia; él aprendió a lustrar zapatos, vender, repartir periódicos y así se ganaba el pan de cada día, claro, viendo como las familias más acomodadas gozaban de sus facilidades. Un escalón había sido superado, terminó la escuela, pero para esos años era algo difícil entrar, pero algo tenía ese niño, tenía las ganas de salir adelante y cambiar a la familia, ¿De verdad él querría quedarse

como obrero toda su vida? ¿Quería él eso para su vida? Lo dudo mucho, pero lucharía para cambiar el rumbo de su destino.

Llego el día donde a este jovencito le nacería su objetivo, su sueño, ¿Cómo es que a un joven de 12 años le nació las ganas de ser médico? Resulta que este pequeño trabajó en la construcción del Hospital Público de Loja, desde sus yacimientos hasta el último ladrillo. Los médicos de ese entonces, personas de la alta sociedad, muy elegantes, con traje y bata, eso fue un estímulo gigantesco para él, pero sabía que era algo muy difícil de lograr, pero no tenía nada que perder.

La joven promesa culminó el colegio, sus sueños intactos, pero la situación económica lo frenaba. Sus padres—¿Hijo, que quieres seguir?, “Medicina, padres, quiero ser médico”, a sus padres no les pareció una gran idea, ya que medicina es una carrera muy demandante tanto de tiempo como dinero, pero harían lo posible para que un miembro de la familia salga adelante. Así que emprendió su camino hacia sus sueños, fue aceptado en la facultad de medicina, estaba rodeado de gente muy poderosa, aunque jamás se dejaría intimidar, pero claro, todavía tenía que aportar a la familia; su gran capacidad intelectual le dio una beca, sería algo más fácil, siempre y cuando mantenga las notas. Ahora bien, el joven logró entrar a la facultad, y nuevamente ¿Cómo le despertó la pasión por la neurociencia?, cuando estaba en su segundo año de carrera, llegó el primer neurocirujano al hospital, él se apegó tanto a esa figura, que vieron su pasión y persistencia.

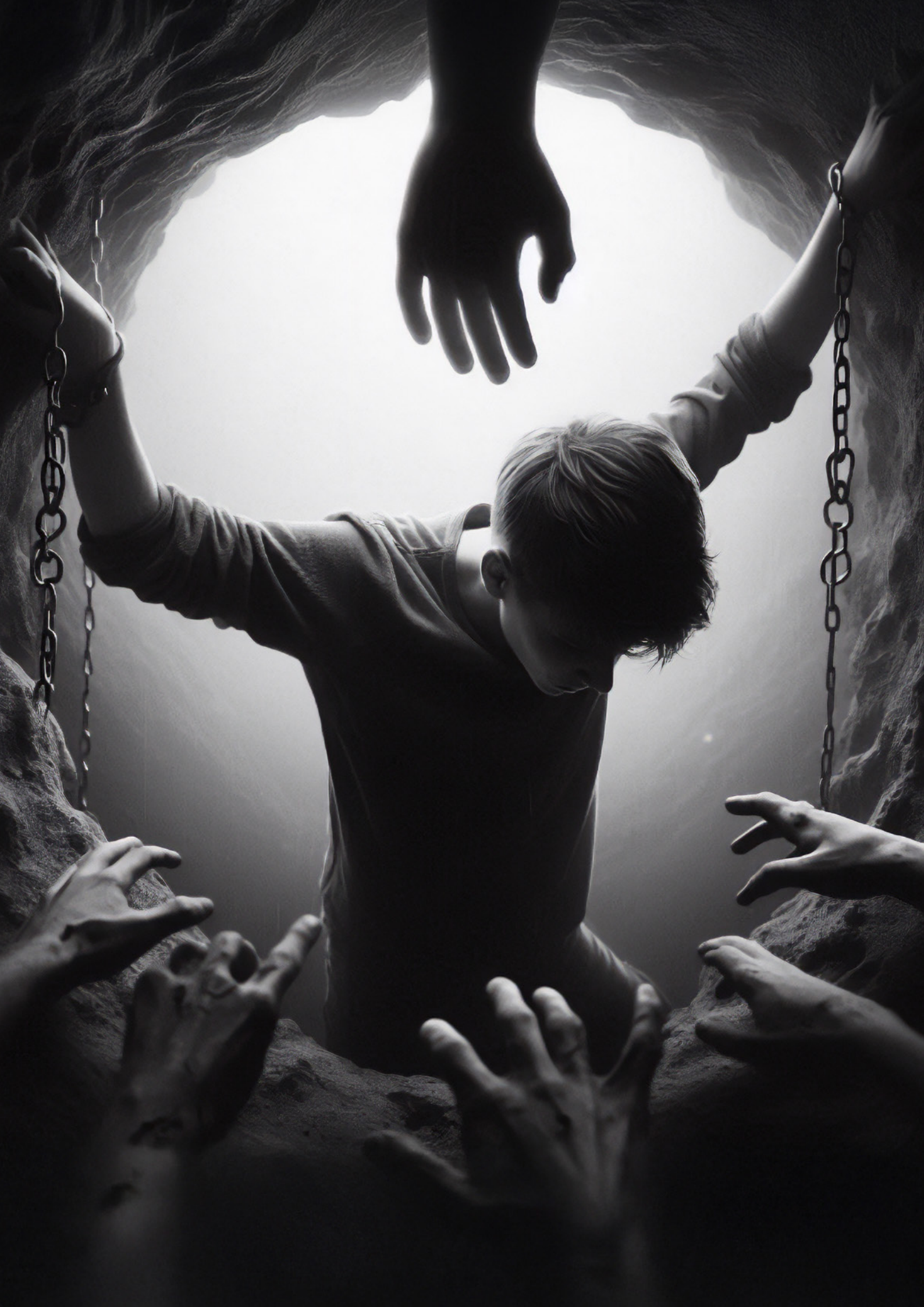
Era algo de no creer, finalmente su título como “médico” fue concedido, el orgullo de la familia, una esperanza, siempre guiado por su gran maestro. Después de trabajar como docente y médico general en el hospital, se le abrió una puerta hacia un nuevo horizonte, le lograron conseguir un cupo en la UBA de Argentina para neurología clínica, ¿Cómo es que viviría en un país tan lejano, sin conocer a nadie? Pero esas solo serían excusas y él no se dejaría vencer. Después de lágrimas y sufrimiento lo logró, aprendió muchas cosas en su estadía y a pesar de las tentaciones, el boliche, fiestas, mujeres muy atractivas, él no se dejó llevar y siguió firme.

Si bien, ser neurólogo clínico es algo impresionante, él quería algo más, sentía que le faltaba cumplir otro sueño, y así mismo como pasó con Argentina, logró obtener un cupo en Brasil para neurocirugía. Él ya se sabía la movida por lo que en esta ocasión no fue nada del otro mundo, el único inconveniente el idioma. Cuando volvió a su ciudad, se dio cuenta del camino tan extenso que tuvo que caminar, tanto sufrimiento para ser alguien en la vida, como pasó de ser un pobre niño a un médico digno. Ahora sí, pondría en marcha todos sus conocimientos, ganando reconocimientos y estando en buenos puestos, fueron buenos años hasta que logró comprar su propia clínica donde a pesar de estar jubilado, aún trabaja duro para dar estudio a sus 6 hijos que también van por el camino de la medicina.

Sus palabras “de tanto perder aprendí a ganar, de tanto llorar aprendí a sonreír, toqué tantas veces el fondo que cada vez que bajo, sé que mañana subiré, aprendí que las mejores cosas de la

vida suceden cuando menos te las esperan, no las busquen, ellas te buscarán a ti en el momento indicado” demuestran lo sabio que resultó con todos estos años.

Este relato es para animar a la futura generación de médicos, nada es imposible y si personas con menos oportunidades lo lograron, ustedes también. Esta es la historia de mi padre, el Dr. Amable Gonzalo Sánchez Cevallos, que ahora está jubilado, pero sigue trabajando por la parte privada, además, la edad es solo un número y el final de unas metas es el inicio de otras, por lo que aparte de la medicina, él se dedica a la agricultura y ganadería donde yo cuando regreso a la ciudad, siempre trato de ayudarlo como hijo menor y pasar tiempo con él. Valoren a sus padres y la frente siempre en alto.





Reflejos de una alma herida

Edgar David Rumipulla Muñoz

edgar.rumipulla@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0000-7732-7931>

Se dice que todos estamos destinados a algo, y que a los diecisiete o dieciocho años deberíamos saber cuál es nuestro propósito. Para algunos, esa elección es una prisión ideal; para Mateo, era un calabozo que lo acuchillaba cada día. Se preguntaba si había sido correcto entrar por voluntad propia en este agujero del que no sabía si podría salir algún día.

Cada noche, se sentaba en una esquina de su habitación, con las lágrimas secas en su rostro, solo pensaba en por qué lo habían abandonado, especialmente aquel a quien un día llamó hermano. La soledad lo atormentaba y crecía en su interior un profundo

rencor hacia la muerte que le había robado a su único ser querido, junto con una parte de sí mismo, rechazaba la comida que su tía le preparaba, esperando que volviera a ser el de antes, pero nada parecía funcionar.

A pesar de su resistencia, tuvo que volver a la universidad y a estudiar la carrera que tanto odiaba. Lo que antes anhelaba ahora era un mero pasatiempo sin sentido. Las clases eran aburridas y, en medio de sus pensamientos, un grito lo sacó de su ensimismamiento: su profesor preguntaba por los síntomas de la taquicardia. Sin responder, se levantó y salió de la clase. Al llegar a casa, ignoró a su tía, la única persona con la que vivía. Se encerró en su habitación, donde los recuerdos lo abrumaban: el abandono de sus padres y la promesa que había hecho a su hermano de que siempre estarían juntos. A veces, el rencor lo consumía por la muerte que había puesto fin a esa promesa.

Su único amigo, Nicolás, lo visitaba de vez en cuando bajo la excusa de fumar, pero en realidad era un alivio compartido. Intercambiaban problemas y, aunque a veces se escapaban algunas risas, al despedirse volvían a sus respectivas oscuridades. Los meses pasaron, y un día llegó una carta de la universidad. Su tía, al leerla, sintió una profunda frustración al ver en qué se había convertido su sobrino. Le preguntó qué haría de su vida, pero Mateo solo escuchó palabras vacías.

Aun así, su tía decidió no abandonarlo. Se comprometió a apoyarlo en la universidad, dispuesta a estar a su lado. Un día, mientras soñaba, Mateo recordó los últimos momentos de su hermano, postrado en una cama, siempre sonriendo cuando sus

miradas se cruzaban. Esa imagen le llenó de dolor, pero también de determinación: no dejaría que la tristeza lo consumiera. Al día siguiente, decidió visitar el hospital donde había pasado tanto tiempo con su hermano, buscando recordar su esencia. Mientras recorría los pasillos, las lágrimas caían silenciosamente. Una enfermera se acercó a él, presentándose como María. Su simple gesto de apoyo hizo que Mateo se sintiera un poco más fuerte y decidido a regresar a casa.

El lunes, aunque forzado por su tía, volvió a la universidad. Mientras estaba perdido en sus pensamientos, escuchó nuevamente gritos que decían su nombre. Cuando entendió la pregunta, respondió que no sabía y salió de la clase. Pero detrás de él, una voz le preguntó si era él el del hospital. Era María, Mateo la negó, pero ella continuó, revelando que estudiaba allí y que ayudaba en la Cruz Roja los fines de semana. Ese encuentro despertó algo en Mateo. A partir de ese día, comenzaron a hablar, y cada conversación traía una chispa de esperanza. Poco a poco, se sintió menos solo. María le recordaba que aún había luz en medio de su dolor y que podía construir un futuro a pesar de la oscuridad.

Con el tiempo, Mateo comenzó a abrirse, compartiendo sus miedos y sueños. Asistió a las clases, enfocándose en sus estudios y reconstruyendo la relación con su tía. Con el apoyo de María, dejó atrás el peso del pasado y empezó a buscar nuevas oportunidades. Aunque la ausencia de su hermano siempre lo acompañaría, Mateo comprendió que debía honrar su memoria viviendo plenamente. Decidió dar un paso hacia adelante, dispuesto a encontrar su camino y a hacer lo que siempre había soñado: vivir.





“El latido de la maldad”

Camila Monserrath Delgado Cabrera

camila.delgado@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0001-9086-0375>

El magnífico Dr. Herrlish y su equipo médico de alto renombre eran muy conocidos por sus técnicas vanguardistas, tras años de investigación el Dr. Herrlish había encontrado la manera de clonar órganos humanos, un descubrimiento de muchísima importancia para la ciencia y medicina, que está por revolucionarlo todo a su paso, dejando a un lado los métodos tradicionales y convirtiéndose en un huracán destruyendo a todo lo que se creía conocer sobre el trasplante de órganos.

El Dr. Herrlish pensó en cuál sería el primer órgano para ser replicado, tras dar vueltas y vueltas en su cabeza sobre qué órgano tendría la dicha en ser clonado exitosamente: tejido a tejido, célula a célula, hasta crear una réplica perfecta de este, no había duda de que, al ser implantado, salvaría al paciente de la muerte inminente. De pronto todo hizo clic en su mente como si una iluminación divina llegara a su ser, rápidamente tomó papel y lápiz, empezó a dibujar presurosamente el órgano del corazón y no un corazón cualquiera, sino el único en ser perfecto y sin presentar el mínimo defecto, siendo este mejor que cualquier corazón humano.

Llegó el tan esperado día; en un quirófano futurista, se encontraban el cirujano pionero y su equipo, estaban por empezar la operación al paciente. Tomando el bisturí, el Dr. Herrlish lo deslizó con una precisión milimétrica a través del tejido, abriendo así el pecho del paciente con la misma frialdad que siempre lo había caracterizado. Para él, el cuerpo humano era un rompecabezas biológico, un sistema complejo que, con las herramientas adecuadas, podía ser desarmado y vuelto a ensamblar sin mayor misterio, pero ese día era diferente.

Tras retirar el corazón en mal estado del paciente Strath Salas, llegó el momento en el cual el cirujano realizaba el intercambio, frente a él, descansaba el corazón que cambiaría la historia de la medicina, de pronto exclamó; “Hoy, el primer corazón clonado completamente funcional está listo para su trasplante” Sin embargo, durante la operación una sensación incómoda le

recorrió por todo su cuerpo, mientras colocaba el corazón, había notado algo extraño en el monitor, los latidos principales eran anormales, como si ese nuevo órgano no solo estuviera vivo... sino consciente; este mostraba una luz tenue o algún tipo de energía extraña alrededor, algo diferente ocurría... algo que la ciencia no había previsto.

No dijo nada a su equipo, Quizás era el cansancio, o tal vez su mente buscaba fantasmas donde no los había. Pero algo lo inquietaba, una pregunta que no lograba borrar de su cabeza. Mientras cerraba la incisión final pensaba: ¿Qué recuerdos puede guardar un órgano que nunca perteneció a un cuerpo? Los primeros días después de la operación fueron tranquilos, el paciente, Strath Salas, un hombre de mediana edad que había sufrido un infarto, parecía estar en perfectas condiciones después de su recuperación.

Todo el equipo médico estaba muy entusiasmado, y por los medios ya comenzaban a difundir la noticia del rotundo éxito en la cirugía del primer trasplante de un corazón clonado, sin embargo, al pasar las semanas, Strath comenzó a quejarse de asuntos muy peculiares, empezó a hablar sobre sus inquietantes sueños y visiones. Al principio decía que eran imágenes vagas, como lugares que no había visitado y rostros que nunca había visto antes.

Al escuchar lo que decía; el Dr. Herrlish intentando tranquilizarlo le dijo “es el estrés postoperatorio, no te preocupes”, pero esas

visiones no solo continuaron, sino que con el paso de los días se volvían más reales, ya que estaba todo más claro y preciso, “anoche soñé con un accidente automovilístico”, le dijo Strath durante su revisión rutinaria. “Estaba en una autopista... y de pronto sentí el impacto, vi el vidrio rompiéndose mientras que el metal iba aplastándose hacia mí, sentí un dolor insoportable, pero lo curioso es que no era yo, era otra persona”.

Al Dr. Herrlish le cambio la expresión de la cara, se notó molesto e incómodo, ya que no era la primera vez que escuchaba que alguien le decía algo igual. De hecho, los otros pacientes que habían recibido otros órganos clonados después de la operación de Strath, también manifestaban esas sensaciones extrañas, como si las partes trasplantadas llevaran consigo partes de vidas ajenas. Tras pasar atormentado varias noches por la creciente incidencia de estas “visiones” en sus pacientes, el Dr. Herrlish decidió averiguar sobre el origen de donde habían salido las células utilizadas para clonar los órganos.

Algo no cuadraba, no lograba comprender el punto de partida, así que, revisó los expedientes y, tras horas de inspeccionar detalladamente al fin descubrió algo escalofriante: las muestras originales no eran tan “puras” como él había creído, estas habían sido obtenidas de un programa secreto de clonación experimental desarrollado hace décadas, en el que las células humanas no provenían de simples donantes de tejido, estas fuentes de células habían sido personas con un pasado oscuro, criminales

condenados a pena de muerte, cuyas ejecuciones nunca fueron registradas públicamente.

Entonces de repente, todo comenzó a cobrar sentido, todos los recuerdos, esas famosas visiones y sueños que sus pacientes experimentaban no eran sueños al azar, más bien, eran pedazos de las memorias de las personas cuyas vidas habían sido apagadas, cuyo ADN guardaba la huella de sus mentes, los tejidos clonados, más que copias, eran como fotografías borrosas de las experiencias ocurridas en el pasado. Esta idea comenzaba a atemorizarlo, si los órganos nuevos recordaban lo que habían hecho los criminales ¿qué ocurriría si un día esos recuerdos no fueran simples visiones o sueños?, además ¿qué sucedería si las personas cambiaran por completo al recibir los órganos nuevos?

Justo cuando Herrlish estaba procesando esta terrible revelación, recibió una llamada urgente desde el hospital. Strath había desaparecido de su habitación, entonces fueron a revisar las cámaras de seguridad, el corazón del Dr. Herrlish se paralizó, allí estaba Strath, caminando por los pasillos del hospital con una extraña calma, pero sus gestos, su mirada... ya no eran suyos. El Dr. Herrlish comienza a buscar desesperadamente a Strath para que no se convierta en otra víctima del pasado.

Sin embargo, algo inesperado sucede: Strath, comienza a tener una batalla por la dominancia de su cuerpo y mente donde se estaba dando un feroz enfrentamiento interno entre su propia identidad y los recuerdos del criminal. Strath, entre lágrimas, le pide al Dr. Herrlish que lo mate para detener el mal que está a

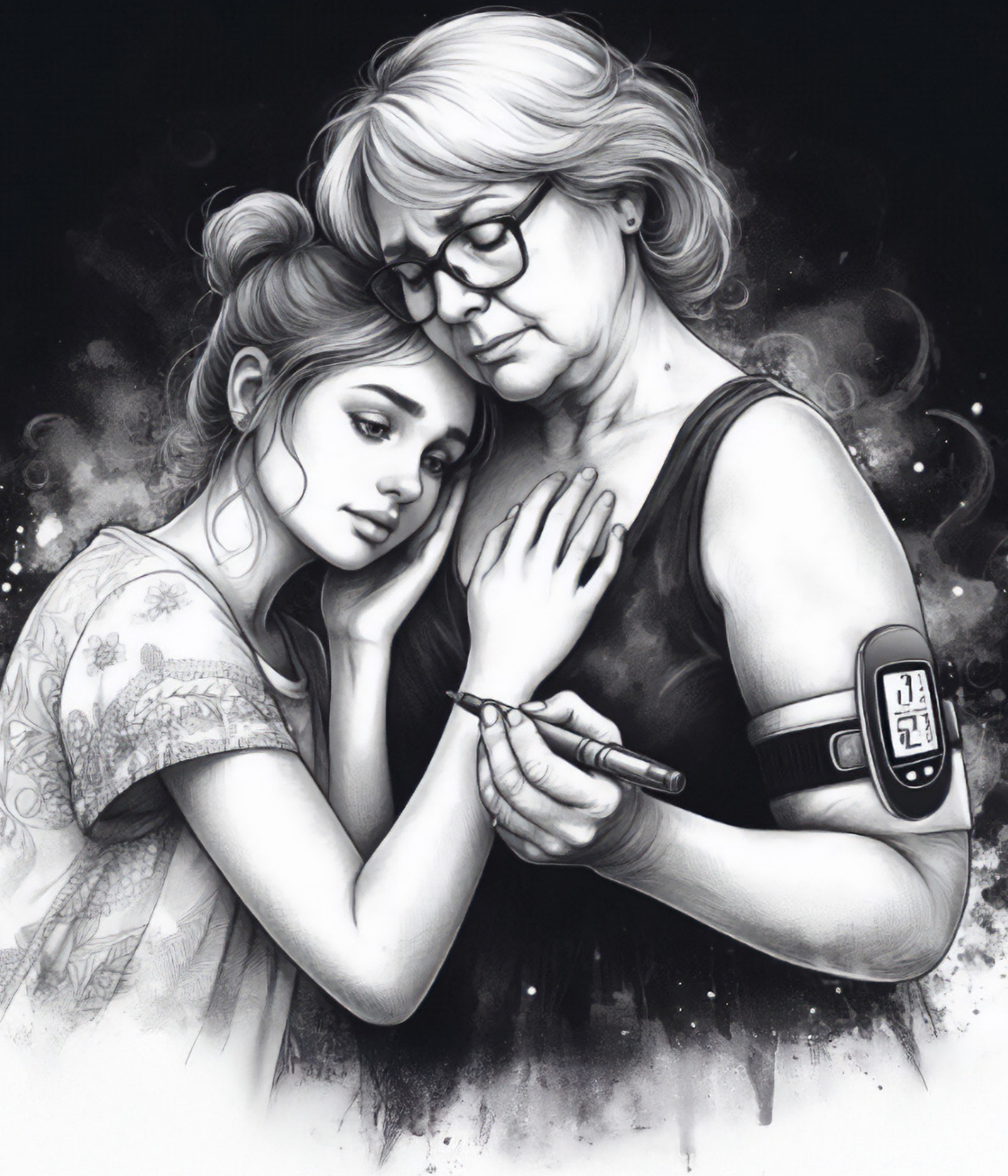
punto de hacer, pero el Dr. Herrlish, que era incapaz de tomar esa decisión, propone una solución drástica que es usar el procedimiento experimental que borraría todos los recuerdos del corazón clonado.

Pero el riesgo era inminente, ya que dejaría a Strath como un muerto en vida, una persona que carecería de emociones y personalidad, Pero Strath, al estar tan desesperado, acepta sin darle tantas vueltas al asunto, en una operación de alto riesgo. Así; el Dr. comenzó a borrar uno por uno los recuerdos del corazón clonado, el precio dispuesto a pagar era muy alto, Strath iba a sobrevivir, pero de él, solo quedaría su nombre..., ya que físicamente era él, pero cualquier rastro de su alma se habría esfumado. Tras este altibajo, Herrlish queda devastado, enfrentándose a la triste realidad de que salvó su cuerpo, pero perdió su alma: la alegría, la tristeza, el amor...

Todo sentimiento se ha desvanecido, Abriendo un pozo sin fondo en su interior, con cada paso que daba se sentía más profundamente la ausencia de su alma, en un acto desesperado por devolverle el alma a Strath, el Dr. Herrlish se adentra a explorar cualquier rincón del conocimiento humano y sobrenatural. Al final, después de todo esfuerzo por regresar a la normalidad resulta en vano, porque emerge una nueva entidad, una mezcla de ambos individuos (Strath y el ente atado a su corazón).

Pero sin la esencia de ninguno, su cuerpo, ahora inmune a cualquier daño, permanece intacto, condenado a una eternidad

de existencia sin sentido, así, esta nueva criatura vaga por el mundo, un monstruo sin alma, una advertencia de lo peligroso que puede llegar a ser la ciencia y la manipulación de la vida; además del constante recordatorio sobre la fragilidad del alma y el verdadero significado de la vida.





Un rayo de luz en la batalla del néctar dulce

Stefany Scarleth Erazo Peñafiel

stefany.erazo@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0008-6098-8918>

En el susurro de un día cualquiera, todo cambió; cuando recibí una llamada de mi papá diciéndome que mi mamá “mi sol” de un día a otro, había bajado de peso de una manera impresionante, pero que, a pesar de eso, se encontraba bien de salud, no le di mucha importancia, pensando que seguramente ellos habían acudido al médico. Con el paso de los días y como yo me encontraba lejos de mi ciudad y de mi familia, le observaba a mi sol por la pantalla del celular que su carita estaba cada vez más delgada, pero para no hacerme preocupar, me aseguraba que todo se encontraba bien, cuando en realidad pasaba todo lo contrario.

Llegó el día de regresar a mi ciudad y, al hacerlo, me di cuenta de que en realidad mi sol no se encontraba bien; aun así, ella se negaba a acudir al médico, ya que tiene una mala visión acerca de ellos. Seguían transcurriendo los días y llegamos a pensar que su repentino bajo de peso ocurría por la cantidad de ejercicio que ella realizaba, lo cual estábamos cometiendo un grave error al auto-diagnosticarla, sin saber a lo que nos estábamos enfrentando. En parte, ella se encontraba feliz porque al fin logró bajar de peso y verse como era en el pasado.

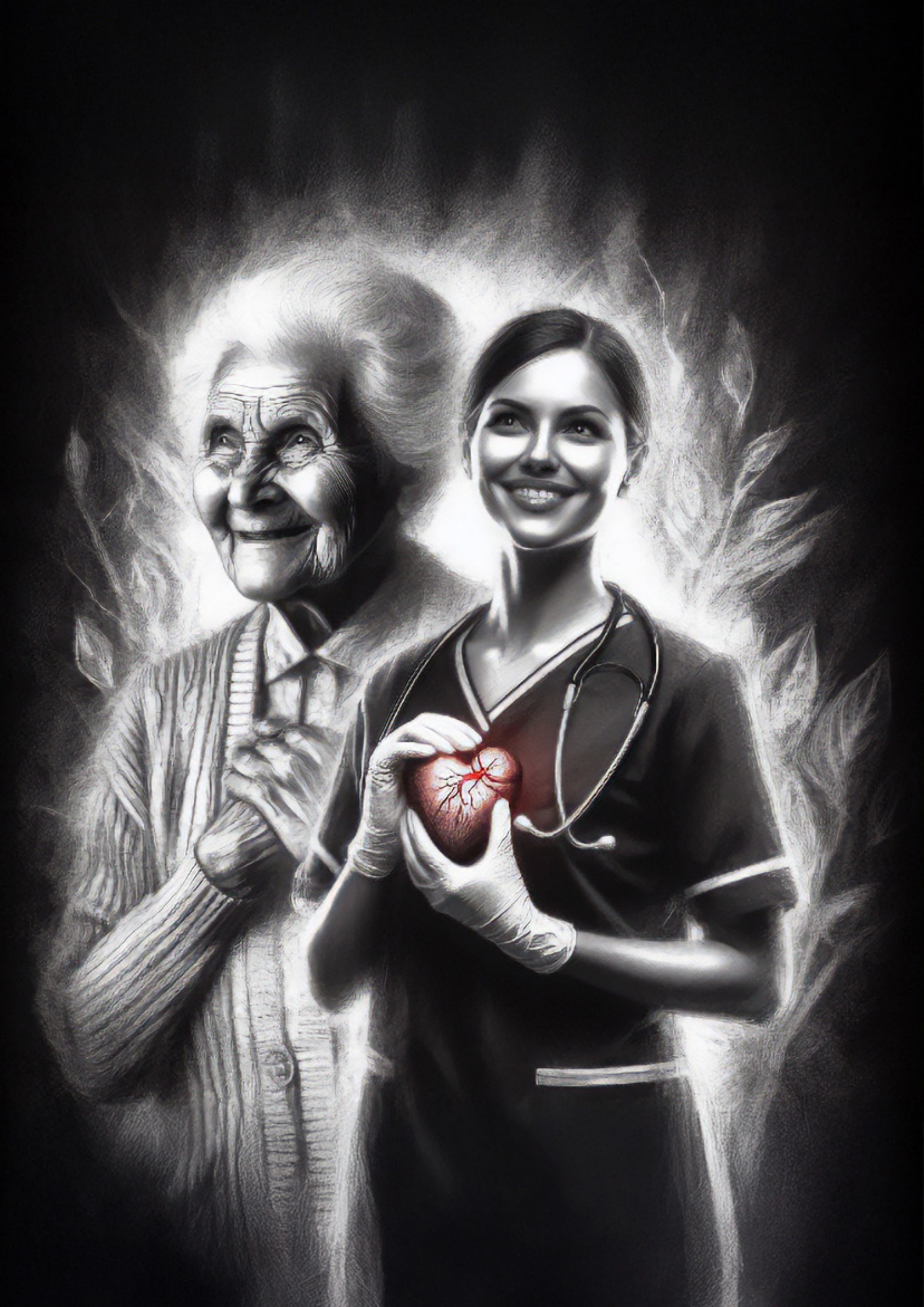
Nosotras continuamos nuestras vidas como si nada hubiera ocurrido, hasta que ella poco a poco iba perdiendo su vista y nos dábamos cuenta de eso en cualquier momento del día y más que nada al dar el vuelto a los clientes de su tienda, en ese instante caímos en la dura realidad. Finalmente, mi sol decidió acudir al médico a pesar de todo y, al regresar, me contó que se le diagnosticó una enfermedad, que al día de hoy es muy común en la sociedad. Sin embargo, para descartar cualquier sospecha, le mandaron a realizarse exámenes, especialmente de unos cuerpos rojos.

Sentíamos que el mundo se desmoronaba por aquella noticia que acabábamos de recibir; en esos momentos, deseaba demasiado que el médico se hubiera equivocado y no en otras ocasiones como otros médicos, que nos habían marcado de por vida y por aquello perder la esperanza en alguno de ellos. Lamentablemente, al entregarle los exámenes al actual médico de mi sol, nos confirmó su sospecha, esta enfermedad del néctar dulce, lo tenía aumentado cuatro veces más de lo normal; por lo que, nos estaba atormentando y haciendo pensar cosas terribles que podrían pasar.

Poco a poco, mi sol fue dejando las comidas que eran malas para su salud, siendo muy disciplinada, para poder lograr bajar los niveles del néctar dulce; sin embargo, empezó a presentar pequeños ataques de ansiedad y estrés; porque a pesar de su salud, no le empezó a gustar lo que miraba en el espejo, su manto y su color se tornaron extraños, por lo que empezó a ocultarlo. No obstante, con la guardia siempre alta y así cada mes fue al médico y poco a poco iba mejorando su salud, lo que cobró color a nuestras vidas, pero los pensamientos que tenía sobre ella y su cuerpo no mejoraban.

Sin embargo, con el tiempo sus orbes fueron tornándose felices y llenos de brillo. Así, en el tercer mes, acudió al médico y él se asombró, de que el nivel del néctar dulce había bajado casi a la normalidad, y lo logró con mucho sacrificio, disciplina, además de la ayuda de unos fármacos que solo lo tomó un mes, ya que mi sol no cree en las acciones de los fármacos y en conjunto tenía miedo de que estos le afectaran a otro fragmento de ella. A pesar de todo, por más fuerza de voluntad siempre hay días que baja la guardia, pero lo compensa con ejercicio, para poderse mantener estable. Al día de hoy, esta enfermedad del néctar dulce nos dejó una huella en nuestras vidas; porque, más que nada para mi sol no fue nada fácil, enfrentar sus propios pensamientos, sus anhelos por los alimentos, el miedo de no bajar sus niveles o volverlos a aumentar, además, de controlar y bajar su estrés. Fue un camino difícil, pero siempre con Dios, un rayito de luz y esperanza. Mi sol, además de cambiar su estilo de vida, cambió su personalidad, su estado físico; siendo un claro ejemplo de que con fuerza de voluntad y disciplina se puede lograr hasta lo que se cree que no se puede.

Mi sol venció al néctar dulce.





Entre bata y sueños. La historia de una doctora

Nathaly Michelle Sarmiento Llivisaca

nathaly.sarmiento@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0000-3234-2839>

Todo comienza en un tranquilo y pintoresco pueblo, donde los sueños florecían como las flores en primavera, se encontraba a una pequeña niña muy feliz llamada Nathaly que le encantaba ayudar a las personas con cualquier cosa que esté a su alcance, desde esa edad soñaba con estudiar algo que ayude al resto sin importar cuál fuera la gravedad de su problema. Con el tiempo, Nathaly comenzó a tener un gusto pasional por la medicina, inspirada por las historias de heroísmo médico que su abuelita le contaba antes de dormir. Esta

pequeña era alguien muy apasionada y se puso una meta, la cual era estudiar medicina y convertirse en una gran doctora, ya que pasó por un momento muy duro cuando tenía 16 años, sufrió la pérdida de su abuela quién era su mentora y la persona a quien más admiraba, sin embargo; esta pérdida fue la causa más grande de su dolor ya que falleció por una negligencia médica.

A partir de ese momento, Nathaly desarrolló una profunda pasión por la medicina, llevándole a una dedicación profunda por estudiar todo lo relacionado con el ser humano desde temprana edad y demostró en todo momento ser la mejor en sus clases a lo largo de los años. Al graduarse del colegio, tomó una decisión determinante, la cual fue estudiar la carrera de medicina y aplicó a dos universidades destacadas. Para su sorpresa, fue aceptada en ambas instituciones, por ende, desde ese momento ella sabía que estaba iniciando su largo y desafiante camino en el campo de la medicina, sin prever todos los obstáculos que enfrentaría.

Al ingresar a la universidad, su pasión por la medicina se materializó en un frenesí de clases emocionantes y desafiantes, pero con los conceptos básicos de anatomía, fisiología y bioquímica se convirtieron en los cimientos sobre los cuales construiría su conocimiento médico, Nathaly, con su enfoque implacable por las asignaturas, se destacó desde el principio, aun así; sin negarlo, los primeros semestres en la carrera de medicina fueron un torbellino de descubrimientos, desafíos muy complejos y logros que la ponían muy contenta. Su capacidad para comprender y asimilar información rápidamente la convirtió en la mejor estudiante de su clase, los profesores notaron su dedicación y habilidades excepcionales, y pronto se convirtió en una figura destacada en el ambiente académico.

A medida que avanzaban los semestres, Nathaly se enfrentaba a desafíos académicos más complejos debido a sus módulos especializados, asignaturas avanzadas y la necesidad de equilibrar teoría con práctica, empezaron a poner a prueba su resistencia. Sin embargo, la intrépida estudiante no retrocedió ante los desafíos, sino que los abrazó con determinación. Aunque el camino estaba lejos de ser fácil, Nathaly se forjó a sí misma como una estudiante apasionada y comprometida en los primeros semestres de su carrera. Su reputación de excelencia académica y su enfoque disciplinado se convirtieron en sus aliados mientras se preparaba para los desafíos aún mayores que aguardaban en los siguientes capítulos de su travesía en la medicina.

Al llegar al tercer año de la carrera de medicina se cernía sobre Nathaly como una tormenta impredecible, sus desafíos académicos se intensificaron, y una serie de eventos inesperados amenazaron con socavar la fortaleza que había construido con tanto esfuerzo, el obstáculo principal se presentó en forma de un proyecto de investigación exigente y altamente competitivo, la cual se vio inmersa en un mar de datos, análisis y plazos implacables. La presión de destacar entre sus compañeros la abrumaba, mientras se esforzaba por equilibrar las demandas académicas con las responsabilidades en las prácticas hospitalarias. Además, un giro inesperado en su vida personal añadió una capa más de complejidad.

Su familia que es su apoyo fundamental se vio afectada a causa de problemas de salud y económicos. La carga emocional y financiera pesaba sobre Nathaly quien se veía obligada a trabajar a tiempo parcial para contribuir al sostén familiar. Las noches se volvieron más cortas, los días más largos, y el estrés se convirtió en una sombra constante que la acompañaba.

En el hospital, las decisiones difíciles y las situaciones emocionales comenzaron a desgastarla a un nivel muy notable, pero, existía un paciente especialmente cercano a su corazón que luchaba contra una enfermedad terminal, y ella se encontró en la encrucijada de brindar consuelo mientras mantenía la objetividad clínica, la dualidad de su papel como estudiante y confidente pesaba como una losa sobre su alma, amenazando con quebrar la empatía que siempre la había caracterizado. En la carrera contra el tiempo, los obstáculos parecían multiplicarse, su agotamiento físico y mental se convirtió en su sombra constante, y las dudas personales sobre su capacidad para sobrellevar los desafíos se infiltraron en su mente.

La tentación de rendirse, de dejar atrás el sueño que había perseguido con tanta determinación, la acosaba en sus momentos más oscuros. Nathaly, sin embargo, se aferró a la esperanza y a la fortaleza que había cultivado a lo largo de los años. Con lágrimas de frustración y noches de insomnio, decidió enfrentar cada desafío de frente, y cada problema se convirtió en el crisol donde la resiliencia de Nathaly se forjaría con mayor intensidad. La incertidumbre y el dolor se transformaron en combustible para su determinación, alimentando la llama que la guiaba a través del túnel oscuro hacia la luz del triunfo.

Finalmente, se graduó con honores de la universidad, y fue aceptada en una prestigiosa residencia de cirugía, aunque, los años de residencia fueron difíciles, Nathaly se mantuvo firme en su compromiso con su sueño. Un día, estaba realizando una cirugía de corazón cuando se enfrentó a una complicación inesperada, el paciente estaba en peligro, y sabía que tenía que tomar una decisión rápida y acertada. Con determinación, tomó la decisión correcta y salvó al paciente gracias a sus conocimientos. Este evento marcó un punto

de inflexión en la carrera de Nathaly, lo que ayudó a que se convirtiera en una cirujana respetada y admirada por sus colegas. Con el paso del tiempo se especializó en cirugía cardíaca, y dedicó su vida a salvar vidas que necesitaban de su ayuda.

Un día, recibió una llamada de un hospital de su pueblo natal, la cual comentaban de un niño pequeño que tenía problemas graves de corazón y necesitaba de su ayuda para una cirugía urgente, Nathaly no dudó en viajar a su pueblo para ayudar al niño. La cirugía fue exitosa, y el niño se recuperó por completo, los padres del niño estaban eternamente agradecidos con ella por salvarle la vida a su hijo. Nathaly estaba feliz de poder ayudar a los niños de su pueblo, se dio cuenta de que su sueño de convertirse en cirujana había sido más que una simple ambición, era una vocación, una forma de retribuir a la comunidad que le había dado tanto.

Continuó trabajando como cirujana durante muchos años. Se convirtió en una líder en su campo, y su trabajo ayudó a salvar innumerables vidas, debido a esto recibió varios premios por su trayectoria profesional. En su discurso de aceptación, habló sobre su sueño de convertirse en cirujana, y sobre los desafíos que había superado para alcanzarlo. Nathaly dijo que su abuelita siempre había sido su inspiración, era una mujer buena, compasiva, dedicada y siempre había puesto a los demás antes que a sí misma. En su discurso daba a entender que su abuelita tenía pasión por la medicina, pero lamentablemente no completó su misión, pero Nathaly la iba a completar en honor a ella. Concluyó su discurso diciendo que la medicina era más que una profesión, era una forma de hacer del mundo un lugar mejor.





Enfermo de amor

Omar Calderón Luzuriaga

omar.calderon@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0003-1484-6701>

Un día como cualquier otro, Fred, un estudiante de medicina, estudiaba anatomía cardíaca en una noche llena de penumbras por la ausencia de luz en su residencia. Releía una y otra vez las casi interminables líneas de conocimiento, y, a pesar de que sus ojos no daban para más, él seguía. Era un chico que nunca disfrutó de los placeres banales de la vida, como tener novia o desvelarse jugando con sus amigos; él quería llegar a la cúspide del conocimiento.

Su gusto por la medicina era tal, que a veces sus pensamientos solo trataban sobre ella, pues en su cabeza vivía un pensamiento rumiante que lo marcaba: “La medicina es celosa”. Mientras su

mente se saturaba de información, su cuerpo pagó el precio de la fatiga mental. Leía en un estado casi automático; hacía mucho que su cerebro había quedado en blanco, y sus párpados cayeron desplomados, al igual que él sobre el escritorio.

De pronto se levantó, pero su cabeza se veía envuelta en un torbellino de conceptos, pensamientos e ideas, hasta que una voz suave y melodiosa, cual balde de agua fría, lo sacó de ese trance diciendo: “Ya te despertaste, te ves muy mal”. Fred, temeroso al ver que no está en su escritorio sino en un parque solitario con alguien que le hablaba, en un tono exaltado pregunta “¿Qué hago aquí!?”. Cuando sus ojos se aclaran, se dio cuenta de que era una chica la que estaba parada frente a él, con una cara desconcertada.

Esta chica, de piel clara y ojos brillantes cual estrella, le dijo: “Te encontré de pasada, ¿te encuentras bien?”. Fred le contó su situación mientras entraba en un estado de ansiedad. La chica al notar esto abofeteó a Fred, haciendo que este volviera a sus cabales. Ella tratando de hacerlo calmar le dijo su nombre, el cual era Galena, Fred, algo nervioso, se presentó.

Después de contar que había pasado hasta hace solo unos instantes, ella comprendió la situación y le dijo que no tiene sentido que él se encuentre en ese lugar por arte de magia. Ante esto ella le comentó: “Seguramente estás soñando”. Sin embargo, Fred se da un pellizco y lo siente muy real. En medio de esto, la chica propone darle una guía de donde ella vive, era Grecia, pero las fachadas del lugar no concordaban a la actualidad de Fred.

Galena lo levanta y le pide que le acompañe. Él en medio de su incongruencia cronológica, decide seguirla, ya que no entiende nada de lo que está pasando, el sitio de origen de Galena era hermoso: paisajes verdes, edificaciones muy rudimentarias ante sus ojos, pero no menos espectaculares. Galena le cuenta que ellos viven en un lugar completamente armónico, hay comida, agua, todo lo necesario para vivir.

Sin embargo, ella nunca mencionó la salud de las personas, Fred le preguntó: “¿Qué hay de la medicina?”, Galena con una cara confundida le dice: “¿Medí-qué?” Fred asombrado le dice que la ciencia de ayudar a las personas de enfermedades, heridas. Galena responde que no sabe a lo que se refiere ni conoce tales términos, el aún más confundido y ante la incomodidad que mostraba Galena, desistió del tema.

El tiempo transcurrió, Galena y Fred dejaron de ser amigos, ya que su amistad llegó al romanticismo, Fred no tenía en qué trabajar, porque desde hace mucho se dio cuenta de que vivía en una utopía. No obstante, en el rincón más oscuro de su mente, sabía que no podía haber una utopía sin medicina, durante el proceso de construcción de su casa, le cayó una viga en la pierna; con total desesperación gritó y gritó, hasta que Galena acudió a sus gritos, ella, en completa calma, vio su pierna y dijo: “tranquilo” Fred ante tales palabras se vio aún más desesperado.

Galena levantó la viga y con una serenidad increíble, le dijo: “Ya todo estará bien”. Fred lleno de enojo, gritó que si no se da cuenta de que su pierna había sido perforada. Pero lo que vio, lo

dejó atónito: no había sangre y el dolor que sintió solo fue una respuesta automática, pues el dolor nunca existió; era indoloro a pesar de poder contemplar su tibia completamente expuesta.

Como si fuera un milagro, cada músculo, vaso sanguíneo y nervio comenzaron a regenerarse como si fuera un completo milagro, y ahí es cuando la utopía cobró sentido. Él se dio cuenta de que la medicina ya no era necesaria, al fin podía tener una vida tranquila y poder disfrutar de los placeres banales que un día dejó de lado por el pensamiento rumiante que tanto le atormentaba.

Su vida continuó siendo plena. Se casó con la mujer de sus sueños, Galena, y tuvieron dos hijos. Su vida fue plena, hasta la llegada del fatídico día, en el que, como si se tratara de otra dimensión, las paredes de la propia realidad se comenzaron a derrumbar y el cielo se cayó como si fueran pedazos de vidrio rotos. Lo extraño es que todos decían al unísono: “Fred, ya es hora de despertar”. De la nada un impacto rompió la realidad misma, y se tornó negro, solo quedaban mis pensamientos en una oscuridad tan profunda como el vacío mismo.

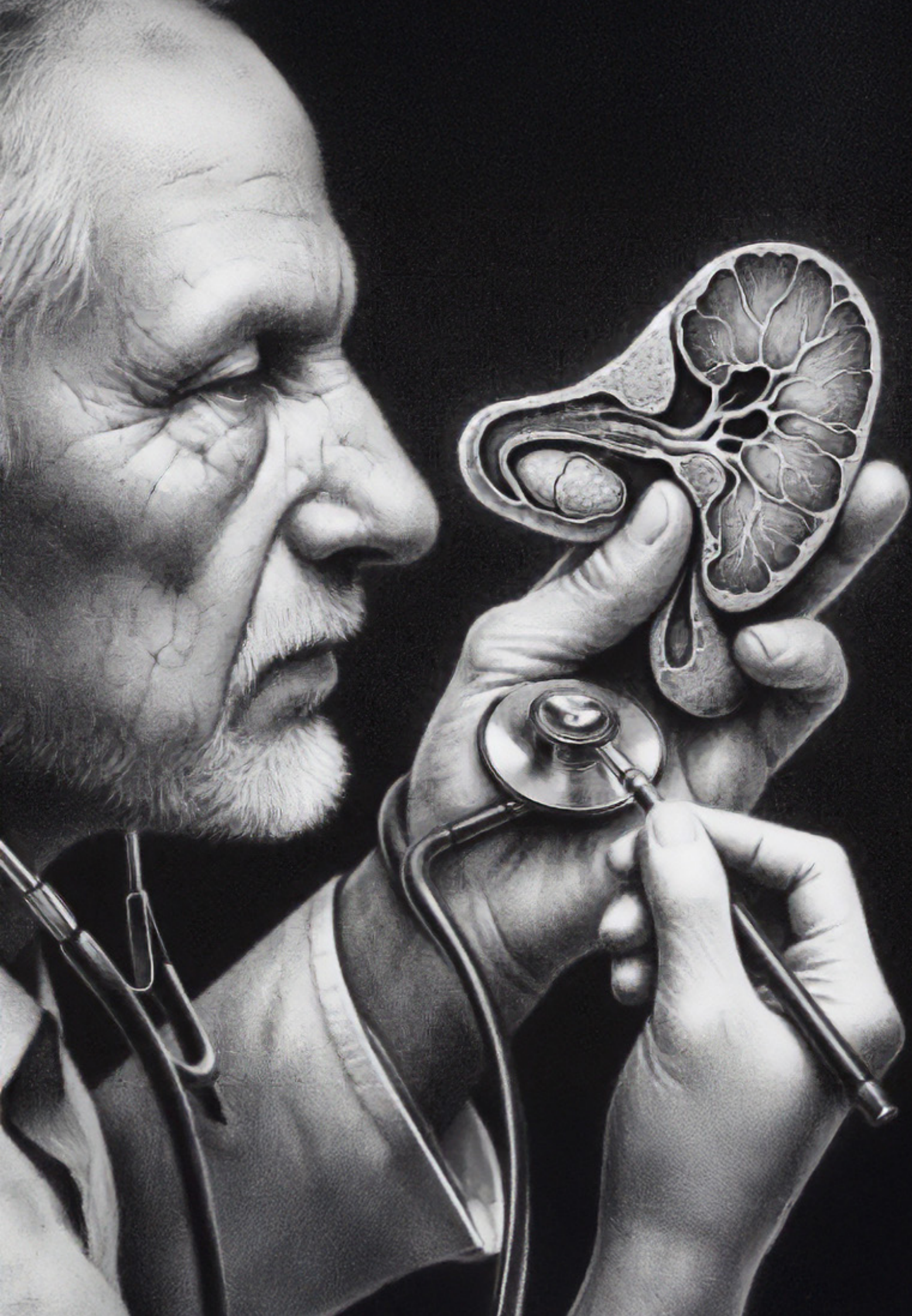
Una voz familiar dijo: “Fred despierta”. Abrí los ojos, y todo era borroso. Sentí la cabeza pesada y con un dolor intenso. Mi visión se aclaró, y la voz tan familiar había cobrado sentido y era la de mi madre. Todo daba vueltas, hasta que en mi mente la cara de mi amada Galena seguía ahí. No imaginan la desilusión que sentí al ver que todo era un sueño y que el nombre de mi amada no era más que uno de mis apuntes; Galeno, un médico y cirujano griego.

Mi pecho, sentí un dolor tan intenso al saber que todo fue un sueño, y que mi amada no era más que uno de mis pensamientos, que tomó el control de mí, y se convirtió en mi amada, frustrado y decepcionado entre sollozos me tumbé al suelo a llorar, y sin darme cuenta me quedé dormido. Con el pasar de los días, no solo mi estado de ánimo empeoraba, algo más lo hacía y era mi salud.

Un día cualquiera como los otros, iba camino a la facultad y, frente a ella me derrumbé. Al despertar me encontraba en urgencias; ya habían tomado un eco cardiograma, y lo que nadie se explicaba era por qué los músculos papilares del corazón estaban completamente desgarrados. La sorpresa fue aún más cuando se dieron cuenta de que esto sucedió en ambos lados del corazón.

Los cirujanos y médicos dijeron que lo único que podría ayudarme es un trasplante, ya que el desgarre había sido tal que dañó las paredes del corazón. No me quedaba tanto tiempo de vida, lo aproveché con mi familia, pero en mi mente siempre seguía la imagen de Galena. Poco a poco, yo mismo notaba los síntomas de mi insuficiencia cardíaca.

Un día, yendo a la visita para un trasplante, caí desplomado cual saco de cemento. Sabía que este sería mi último momento de vida, y en mi mente pasó una enfermedad que me dijo mi doctor, enfermedad de Takotsubo, o síndrome del corazón roto.





La lucha atrás de un sueño de usar una bata blanca

Carolina Redrován Quintuña

carolina.redrovan@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0008-3919-7580>

Desde que tengo uso de razón, mi hogar era un lugar lleno de risas y anécdotas. Tuve una infancia rodeada de mucho amor por parte de mi mamá y mis tíos, con quienes no solo compartíamos lazos de sangre, sino más allá de eso, ellos fueron los pilares de mi vida. A mi corta edad no sabía lo que el futuro me iba a preparar, ya que atrás de todos esos buenos y malos momentos vividos, la vida nos tenía preparada varias circunstancias, las cuales iba a poner a prueba nuestra fortaleza familiar.

Con el pasar de los años, nunca nos imaginamos que dentro de mi familia iba a aparecer el famoso “cáncer” de páncreas, a pesar de que dentro de mi familia materna ya había indicios de diabetes, pero nunca pesamos que iba a trascender mucho más allá. Es así como la primera persona en mi familia en adquirir esta enfermedad fue mi tío Homero, una de las personas más importantes en mi vida.

Mi tío era una de las personas más queridas de mi círculo familiar, al cual siempre le teníamos como una persona sana, fuerte, sonriente y más que todo siempre estaba dispuesta a dar un consejo o una voz de aliento. Pero no pensamos que, en algún punto de la vida, esa luz y alegría que él tenía, poco a poco se iba a ir apagando. En el año 2021 por motivo de desmejoramiento y por la presencia de una tez amarillenta que él presentaba, nos inquietó, durante ese tiempo de chequeos y varios exámenes fue diagnosticado con cáncer de páncreas.

A pesar de su diagnóstico, él nunca se dio por vencido ni se desanimó, aunque la decisión de él era no realizarse ningún tipo de tratamiento, sino que decidió disfrutar de la vida sin ningún obstáculo. Durante el proceso de su enfermedad me entraba la intriga de muchas cosas como el ¿por qué? de esta enfermedad, aparte de cómo debía uno proceder en estos casos. Y fue ahí cuando tenía aún más claro, lo que yo quería seguir.

Pasó el tiempo, al año y 8 meses de haber sido diagnosticado con esta enfermedad, lamentablemente mi tío nos dejó de este mundo a causa del cáncer de páncreas. Ahí fue uno de los momentos en los cuales me sentía tan impotente, ya que no podía hacer nada, y simplemente me tocó aceptar la decisión de Dios. Sin embargo, meses atrás mi mamá comenzó a tener los mismos síntomas que presentó mi tío al

inicio de esta enfermedad, y fue ahí cuando yo deseaba que no fuera el mismo diagnóstico que el de mi tío.

Por desgracia, la cosa no fue como yo me lo esperaba, lamentablemente, mi mamá también fue diagnosticada con este cáncer, el cual fue un duro golpe tanto como para ella como para mí, pero ella no se rindió y decidió seguir el tratamiento de quimioterapia. Con el pasar de cada una de las sesiones de quimioterapia que recibía, me demostraba que tan fuerte y valiente era mi mamá, y que cada uno de sus intentos por seguir adelante por mí, me demostraba el verdadero amor que tiene una madre hacia sus hijos sin importar los achaques que traía este tipo de tratamiento, es así como pasó un año de tratamiento, pero fue algo que solo retrasaría su enfermedad.

Con la pérdida de mi tío y la lucha que sigue llevando a cabo mi mamá contra esta enfermedad y con cada uno de los sufrimientos, mis metas se hicieron aún más claras. Para mí estudiar medicina ya no es simplemente seguir una carrera, sino se volvió una promesa personal. Hoy veo hacia atrás y siento que la lucha que llevó mi tío y la lucha de mi mamá, me deja una gran lección de fortaleza y amor, que, sin importar las adversidades de la vida, no hay que bajar la cabeza sino seguir adelante. Todo ese dolor se transforma en motivación para seguirme esforzando para que en algún futuro pueda alcanzar mi meta.

Aunque el camino de la medicina no sea fácil y me conduzca a grandes sacrificios, haré lo que esté a mi alcance para poder aliviar un poco ese sufrimiento o dolor de otros, y así sabré que el legado de mi familia seguirá vivo, y más que todo, sabré que todo el esfuerzo que hizo mi mamá por mí, no fue en vano.





El adiós que el crest nos robó

Ambar Noelia Panamá Durán

ambar.panama@est.ucacue.edu.ec

<https://orcid.org/0009-0006-5923-9237>

Todo comenzó con una leve sensación de espigas en las yemas de los dedos. La incomodidad era tal que se pinchaba constantemente en busca de esas “espigas” que le provocaban tanto malestar.

—Mami, te estás lastimando —le dijo su nieta, preocupada.

—No me duele hija, solo intento quitarme esta molestia en los dedos. Ya que estás aquí, pásame unos guantes, me está dando frío —respondió ella con tranquilidad.

Sin saberlo, aquel fue el primer síntoma de lo que luego se diagnosticó como el Síndrome de Raynaud. Con el tiempo, el malestar en sus manos persistió y, junto con él, llegaron nuevos síntomas: manchas rojas en las manos, la cara y las piernas; engrosamiento en las extremidades y zonas edematizadas; incluso un molesto reflujo tras cada comida. Cuatro de las cinco características del temido Síndrome de CREST comenzaban a hacerse presentes. Examen tras examen, doctor tras doctor, sus familiares buscaban respuestas sin éxito. La incertidumbre de no saber qué le ocurría se convirtió en un tormento, pues ningún especialista podía explicar su condición.

Ante la falta de un diagnóstico claro, los medicamentos recetados solo calmaban momentáneamente el dolor sin tratar la raíz de su enfermedad. Tras meses de tratamientos y de efectos secundarios, su salud se fue deteriorando, afectando incluso a sus órganos vitales. Ámbar, su nieta, pasó de verla y disfrutar de su compañía en casa a visitarla en el hospital. Los doctores hablaban y hablaban, pero ella no entendía nada, solo pensaba en cuando podrá verla de nuevo en casa, y hacer las cosas que una abuela y una nieta suelen hacer, los buenos momentos que pasaron juntas fueron su fortaleza siempre.

Finalmente, salió del hospital con aparente mejoría, pero la calma fue breve. Como una niña apegada a su abuela materna, solía dormir con ella, encontrando en su compañía un refugio inigualable. No obstante, con su regreso, esta rutina cambió, y aunque le fue difícil, entendía que debían cuidar de su abuela. En los primeros días, pareció mejorar, realizaba sus actividades con entusiasmo, tenía ánimos para todo, incluso para discutir con su esposo. La familia se esforzaba por estar a su lado, dejando de lado sus propios compromisos; pues ella era más importante.

Sin embargo, la incertidumbre continuaba. Los buenos momentos fueron pocos, y los síntomas empeoraron. Las madrugadas se llenaron de llamadas de emergencia, y el hospital se volvió un lugar frecuente cuando las hemorragias se tornaban tan intensas que requería transfusiones. Esta situación se repitió hasta que un médico decidió realizarle una colectomía, asegurando que mejoraría significativamente. Ambar en aquel entonces de catorce años, no comprendía las razones del porque le realizaron tal procedimiento, pues su abuela no mostró ninguna mejoría, y la joven de diecinueve años, aún sigue preguntándose lo mismo.

Antes de esa operación, aún podía pararse, caminar y alimentarse por sí misma. Después de la intervención, necesitaba ayuda incluso para las actividades más básicas. Las hemorragias continuaron, aún más intensas. Su familia se preguntaba si la cirugía fue la decisión correcta o si solo empeoró su situación. Pese a ello, sus nietos mantenían la esperanza de ver a su abuela nuevamente como antes, cariñosa y fuerte, esa figura incondicional

cuando sus padres no estaban. Aquella abuela que, a pesar de sus dolores, cuidaba y acompañaba a sus nietos.

Pasaron meses entre días buenos y días malos, hasta que un día, inesperadamente, ella se “recuperó”. Ámbar al regresar del colegio, acostumbraba entrar a su habitación a abrazarla, pero ese día, inconscientemente, solo la saludó desde la puerta. Su abuela comía por sí misma, reía, se levantaba sin ayuda... algo que hacía tiempo no ocurría. Era como si la vitalidad hubiese regresado por completo; sin embargo, esta “lucidez terminal” no duraría.

Contenta, Ámbar subió a su cuarto para cambiarse, pero apenas una hora después, mientras bajaba para visitarla, se cruzó con su hermano, que subía apresuradamente con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, alarmada.

—Mami Yoyis está mal... creo que va a morir —respondió él, con el rostro serio y apenado.

Negándose a creerlo, corrió hacia la habitación de su abuela. Al entrar, escuchó su último suspiro y al médico declarar: “No hay nada más que hacer”. Su mundo se desplomó en un instante; sintió cómo su corazón se hacía añicos. Las fuerzas la abandonaron y cayó de rodillas, mientras su madre, entre lágrimas, le repetía: “Mi amor, debes ser fuerte”, sus palabras llegaban como ecos lejanos. Había pasado de la alegría de ver a su abuela estable, a sentir que su propia vida se escapaba junto con la de ella. Con

un último aliento de fortaleza, se levantó y se acercó al cuerpo de su abuela, aquel día, le dio el abrazo que había omitido horas antes, cuando su corazón aún latía.

Siguieron las peores horas: ver el cuerpo sin vida en un ataúd, las interminables horas de velación, llegado el día del entierro, ella aún no asimilaba la pérdida, las lágrimas no brotaban, pero el dolor latía con fuerza en su interior. La realidad la golpeó al regresar a casa: el vacío era abrumador, y las lágrimas finalmente fluyeron incontrolables, las preguntas, la confusión, el dolor de saber que no volvería a ver a su abuela llenaron cada rincón de su mente y su corazón. Los recuerdos de su infancia comenzaron a aflorar: las tardes de juegos, las risas compartidas, aquellas noches que se acurrucaban juntas para dormir, en cada recuerdo, sentía la calidez de su voz y la ternura de sus abrazos, era como si esos momentos intentaran consolarla, mientras el peso de la despedida hacía eco en su alma.

Cinco años han pasado desde entonces, el vacío de su ausencia y el arrepentimiento por el último abrazo no dado siguen tan vivos como el primer momento. Era su abuela, su refugio y la raíz de tantos recuerdos felices. A veces, siente que los consejos y la risa de su abuela aún la acompañan, pero el dolor se cuela en esos recuerdos, recordándole que hay despedidas que dejan huellas profundas. Aunque el peso de esa pérdida parece eterno, ha aprendido a llevarlo consigo, entendiendo que el amor entre una nieta y su abuela vive más allá de cualquier adiós, en cada acto y en cada recuerdo que atesora con cariño.



Robert Iván Álvarez Ochoa



Bioquímico-Farmacéutico por la Universidad de Cuenca. Magister en Nutrición Infantil por la Universidad de Especialidades Espiritu Santo. Magíster en Educación, Tecnología e Innovación por la Universidad Católica de Cuenca. Doctorando en Ciencias de la Educación por la Universidad Santander. Diplomado en Nutrición Infantil por el Politécnico de Colombia. Diplomado en Formación de Investigadores por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Diplomado en Gestión y Edición de Revistas

Científicas por el Centro de Investigación y Desarrollo Ecuador. Docente Investigador de la Universidad Católica de Cuenca (UCACUE, Ecuador). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SENESCYT, Ecuador). Miembro activo de la Red de Estudios sobre Educación REED, miembro de la Red Ecuatoriana de Investigación Científica Inclusiva Multidisciplinar REICIM y de la Red de Docentes de América Latina y el Caribe REDDOLAC. Ha participado como ponente en eventos a nivel local, nacional e internacional. Es evaluador de proyectos de investigación y revisor en varias revistas arbitradas. Es autor y coautor de varios artículos en revistas indexadas y arbitradas de alto impacto, así como de libros y capítulos de libro. Es director y colaborador de varios proyectos de investigación. Sus líneas de investigación abordan temáticas relacionadas con la investigación en educación superior, tecnología e innovación, formación y desarrollo del profesorado, alimentación y nutrición, ciencias médicas y de la salud.

Correo electrónico: rialvarezo@ucacue.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2431-179X>



REDLIC Red Editorial
Latinoamericana de
Investigación Contemporánea

RELATOS CORTOS EN MEDICINA
VOLUMEN 4

2025

RELATOS CORTOS EN MEDICINA VOLUMEN 4

Relatos Cortos en Medicina, Volumen 4 nos invita a explorar un fascinante universo de historias donde la ciencia y la humanidad convergen. En estas páginas, los desafíos médicos se entrelazan con las emociones humanas, ofreciendo un caleidoscopio de relatos que van desde momentos de profunda reflexión hasta instantes llenos de esperanza y transformación.

Cada relato revela la complejidad y belleza de la relación médico-paciente, destacando el impacto de las decisiones clínicas y emocionales en el contexto de la vida y la muerte. Con una narrativa envolvente, este libro nos conduce a través de escenarios donde la empatía, el ingenio y la valentía desafían las fronteras de lo posible.

Este volumen no solo entretiene y conmueve, sino que también invita a repensar la medicina como un arte profundamente humano. Las historias aquí contenidas iluminan la lucha diaria de los profesionales de la salud y la resiliencia de los pacientes, recordándonos que detrás de cada diagnóstico hay sueños, miedos y una historia única por contar.

Relatos Cortos en Medicina, Volumen 4 es una experiencia de lectura que te cautivará y te hará reflexionar. Perfecto para médicos, estudiantes de salud y lectores curiosos, este libro es un homenaje a la conexión humana que define el cuidado médico, una conexión que trasciende la ciencia para tocar el alma.

REDLIC | Red Editorial
Latinoamericana de
Investigación Contemporánea

ISBN: 978-9942-659-16-3



9 789942 659163